



SERVICIO SECRETO

SILVER KANE

LA TIGRESA CHINA



una aventura de **CLIVE**



LA TIGRESA CHINA

SILVIA

CLIVE
MURDOCK





SILVER KANE

LA TIGRESA CHINA

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 864

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA S. A.

BARCELONA

BOGOTÁ

BUENOS AIRES

CARACAS

MEXICO

RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 36.645 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: febrero 1967

© SILVER KANE - 1967

sobre la parte literaria

© ANTONIO BOSCH - 1967

sobre la cubierta

© COSTA Y PEÑA - 1967

sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
986. — El hombre de Fort Latimer.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
860. — Lo mataré con mis manos.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
562. — Los «cuatro» de Nevada.
- En Colección KANSAS:
315. — Hijo de la muerte.
- En Colección BUFALO:
690. — Un federal solitario.
- En Colección ASES DEL OESTE:
402. — La hora de los demonios.
- En Colección METRALLA:
49. — ¡Os ordeno morir!
- En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:
221. — Cementerios de París.
- En Colección BRAVO OESTE:
290. — Volveré a la horca.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:
140. — La caricia de la hiena.
- En Colección COLORADO:
468. — ¡No habrá tiros!
- En Colección CALIFORNIA:
522. — Los pistoleros de Tulsa.

PRÓLOGO

Aquello había sido una mujer bonita.

Clive Murdock tuvo que entrecerrar los ojos y apretar los puños para dominar la insoportable tensión de sus nervios, para que nadie apreciase que, por primera vez en su vida, no era dueño de sus reacciones ni de sus pensamientos.

Es extraño lo que ocurre con un cuerpo humano cuando ha sido completamente consumido por el fuego.

Queda más pequeño, queda encogido y casi insignificante. Parece como si la horrible muerte lo quisiese reducir a los límites con los que empezó su vida.

Era imposible reconocerla; no había modo de proceder a una identificación que mereciese el nombre de tal.

Sus ropas habían desaparecido materialmente, y de su cuerpo no quedaban más que unos cuantos jirones de carne ennegrecida. Clive Murdock, que siempre había estado en contacto con la muerte, apenas pudo, sin embargo, controlar sus nervios ante esta visión dantesca.

Fue a encender un cigarrillo, pero no pudo lograrlo. Sus dedos temblaban ostensiblemente.

Rodeó el cuerpo, intentando serenarse, y procuró captar los menores detalles de los Mirándolos desde un punto de vista puramente científico, pero no pudo lograrlo. No podía olvidar el instante de aquella horrible muerte, ni podía olvidar algo mucho más íntimo: aquella había sido una mujer hermosa.

Una mujer hermosa por la que él se sentía irresistiblemente atraído, a la que casi había llegado a amar.

Le parecía que había transcurrido un siglo, desde que la vio por primera vez, y solo habían transcurrido unas horas.

Y le parecía que había transcurrido una eternidad desde que oyó por primera vez su nombre, cuando solo habían transcurrido dos días. Dos días que se iniciaron en un despacho secreto de la calle Cuarenta y Nueve Oeste y que ya parecían perdidos en la bruma lejana del tiempo...

CAPÍTULO PRIMERO

Clive Murdock siempre había soñado en una mujer como aquella.

Había tratado a damiselas de todas las razas y todas las nacionalidades, pero ninguna que tuviese aquel aire tan exótico, tan misterioso, tan inquietante.

Ya se sabe que las mujeres orientales, cuando se ponen a ser guapas, tumban de espaldas a la dotación de un acorazado. Cualquiera lo ha pensado viendo fotografías de la reina Sirikit, o de la esposa del presidente Sukarno.

Esta era china.

Tenía los pómulos solo ligeramente salientes, los ojos rasgados y profundos, la boca deliciosamente cortita.

Las piernas deliciosamente largas.

Una virtud que Clive apreciaba mucho en las mujeres chinas — aparte el hecho de ser obedientes y sumisas, cosa que no ocurre con las occidentales— era la costumbre de llevar la falda con una abertura lateral que permite apreciar paisajes de sorprendente belleza. Y esta, la verdad, tenía un «paisaje» digno de figurar en una colección de postales turísticas.

Clive Murdock lanzó un suspiro y depositó la fotografía sobre la mesa. Bien, más valía no pensar en ello. La chica estaba en Pekín y él estaba en Nueva York. A pesar de que dicen que en el mundo actual ya no hay distancias, para muchas cosas sí que las sigue habiendo.

Trataría de olvidarla.

La luz de la lámpara se proyectaba directamente sobre la foto. Más allá estaban las manos inquietas de un hombre.

Una voz susurró:

—Ella va a venir a Estados Unidos.

Clive casi dio un salto. ¡Diablo, aquello era distinto! ¡De modo que la chica iba a venir! Ahora sí que podía ser interesante conocerla...

Miró más allá de la zona de luz de la lámpara. En la penumbra brillaban tenuemente los cristales de las gafas del agente especial Morgan.

Este continuó:

—En efecto, va a venir. Claro que estas palabras debes considerarlas absolutamente secretas.

—Ya sabes que soy capaz de guardar cualquier clase de confidencia, especialmente cuando se trata de asuntos de mujeres. ¿Qué ocurre con

esta? ¿Quizá por ella has venida desde Washington?

—Sí.

A Clive no le sorprendió. Morgan era uno de los más reputados expertos en asuntos orientales del F.B.I.

—¿Puedes continuar? —preguntó suavemente Clive—. ¿O quizá las confidencias ya no pueden ir más allá?

—Si no fueras un hombre de absoluta confianza no continuaría —susurró Morgan—, pero eres un tipo en quien, a pesar de todos tus defectos, se puede confiar. Hasta pensaba pedir al Departamento que te adhiriesen a mí grupo, y es muy posible que lo haga. Por ello prefiero ponerte en antecedentes de lo que va a ocurrir.

—¿Qué va a ocurrir?

—Empezaré a decirte que Silvia —ese es el nombre occidental que le hemos puesto— no es una muchacha cualquiera. Es, nada menos, que una legítima princesa china.

Clive parpadeó.

—Lo de princesa ya lo había pensado yo al vería. Y también había pensado que está cañón. Y otras cosas más que no te digo.

—No sigas por ese camino, Clive, aunque lo curioso es que estás acertando en muchas cosas. Cómo te digo, Silvia es una auténtica princesa china. Vivió hasta ahora en Bangkok, donde ha organizado, durante los últimos cuatro años, actividades y manifestaciones comunistas. Pertenece a la línea más extremista de los seguidores de Mao-Tse-Tung. Ha capitaneado incluso un violento grupo de «guardias rojos».

Clive Murdock iba de sorpresa en sorpresa.

El régimen de Mao había conseguido muchas adhesiones en todo el mundo oriental, de eso no cabía duda, pero resultaba extraño que hubiera llegado a entusiasmar entre la vieja aristocracia china.

Susurró:

—Todo esto no lo comprendo. Si no me lo dijese tú, no lo creería.

Morgan adelantó la cabeza. Brillaron un poco más los cristales de sus gafas.

—Lo ha hecho muy bien. Merece toda la confianza, en estos momentos, del grupo extremista de Lin-Piao. Las recientes «purgas» que han tenido lugar en Pekín no han hecho más que elevar y afianzar la figura de esa extraordinaria mujer y extraordinaria comunista. Lo curioso, sin embargo, es que todo es mentira.

Clive, que iba a encender un cigarrillo, sintió que este resbalaba de entre sus labios.

—¿Mentira?

—Todas sus actividades, durante cuatro años, han sido costeadas

por los fondos secretos del Gobierno de Estados Unidos. Hemos procurado crear incidentes para que ella se luciera, y hemos dado toda clase de motivos para que el régimen de Pekín confiara en ella. Durante cuatro años hemos creado un mito. Ahora ha llegado el momento de aprovecharlo.

—¿Quieres decir que... la emplearemos como agente en China?

—Ha llegado el momento de hacerlo —susurró Morgan.

Sacando sus nerviosas manos fuera del disco de luz, prosiguió:

—Ella, realmente, es una princesa china. Desciende en línea recta de la última dinastía manchú. Sus abuelos marcharon a Bangkok, y ella nació allí hace exactamente veintidós años. Conoce a todos los antiguos miembros de la realeza que aún continúan en China; tiene relaciones con los disidentes, con lo que queda de la alta Banca, la política exterior y la vieja intelectualidad china. Puede crear en pocos meses una verdadera red de espionaje que abarque toda la nación, cosa que no poseemos aún. Es uno de los elementos más valiosos con que en este momento cuenta el Departamento de Estado.

—Voy comprendiendo.

—Lo malo es que ha cometido un error.

—¿Cuál?

—Estuvo últimamente en La Habana, en una visita de cortesía, y una vez allí manifestó a nuestro enlace secreto que quería conocer Estados Unidos. Ella nunca ha estado aquí. Dijo que, si iba a servir a nuestro país, antes quería verlo.

—Me parece razonable —musitó Clive.

—A ti te parece razonable porque eres un indisciplinado y un fresco que nunca ascenderá —masculló Morgan—, pero desde el punto de vista del servicio secreto era un terrible error. Cualquier cosa que la relacionase con nosotros significaba un grave peligro, y, sin embargo, ella exigía venir aquí como una cuestión previa y fundamental para su trabajo. Comprendimos que no había más remedio que acceder, y de paso procuraríamos que su viaje fuese útil.

—¿Para darle un entrenamiento especial?

—En parte sí. Hay muchas técnicas de la moderna información que ella no conoce. También conviene ponerla en contacto con nuestra red de enlaces e informarla con detalle sobre nuestros propósitos en Asia. Todo ello en un curso de diez días. Pero, naturalmente, no puede venir aquí con su verdadera personalidad.

—Ya me hago cargo.

—Aparentemente está ya de regreso en Bangkok, después de su visita a Cuba. Pero salió de allí durante la noche, en un avión militar secreto, y fue trasladada a Nueva Delhi. Desde allí ha volado hasta

Nueva York, dando prácticamente la vuelta al mundo. Simula ser una modelo internacional de publicidad, como las que continuamente llegan a este país sin llamar demasiado la atención. Por supuesto, el F.B.I. tiene una falsa agencia publicitaria que sirve para reunir informes, contratar personal secreto y como laboratorio fotográfico de urgencia. Será recibida allí. Se le harán unas fotos que nunca verán la luz. Luego irá a Wichita, a San Francisco, a Los Ángeles y a Las Vegas. Se evitará cuidadosamente Washington.

—O sea que va a aparecer como una modelo... ¿No será peligroso?

—Los chinos no poseen en Estados Unidos una red de información digna de tal nombre. No podrán detectarla.

—¿Y los rusos?

—Los rusos sí que poseen una red de información, pero aunque sospecharan algo no ayudarían a los chinos. Aunque no son enemigos, en este momento son rivales.

—Comprendo.

Morgan encendió un cigarrillo. Y dijo entonces algo completamente inesperado.

—Esa mujer se comportará como una modelo... en todos los sentidos.

—¿Qué tratas de insinuar?

—Por si alguien la sigue, hará lo que otras modelos hacen. Aceptará invitaciones. Pasará noches enteras en apartamentos de hombres que la cortejen.

Clive Murdock sintió que un sudor frío asomaba a sus sienes. De repente notó que sus manos temblaban.

Y, para que no faltase nada, aquel maldito de Morgan puso otra foto bajo el cono de luz. Esta aún era más detallada y más provocativa. Se apreciaba incluso un pequeño lunar que Silvia tenía en la pierna, un lunar marcado como un puntito oscuro en la línea tersa de los muslos, allí donde terminaba la línea tensa de la media.

Clive Murdock tragó saliva.

Podía tener muchas virtudes, pero ante las mujeres perdía la cabeza. Y aquella era una mujer de excepción, una de esas mujeres que solo se ven en las fotografías y que dan la sensación de no existir realmente.

—Yo voy a tener una misión agradable esta vez —dijo Morgan—. Saldré con ella, y es seguro que... bueno, será como un premio a mis servicios.

Sonrió. Y a Clive Murdock, de repente, su sonrisa le pareció macabra.

Tenía tanta envidia que necesitaba apretar salvajemente los dedos contra la mesa.

—¿Ella querrá? —musitó.

—No le importará demasiado. Y no olvides que debe comportarse verdaderamente como una modelo que está al acecho de su oportunidad.

—¿Te conoce?

—No, pero ya me conocerá cuando vaya a recibirla. La clave es: «Siento no haberle traído orquídeas. No han llegado desde Hawái». Sencillo, ¿verdad? Y agradable.

Se puso en pie. Dio unos pasos por la habitación, fuera del cono de luz.

Y entonces Clive Murdock hizo una cosa muy extraña.

Se puso en pie de un salto y dio un solo golpe, con el canto de la mano derecha, sobre la nuca de Morgan. Este lanzó un ronco gemido, en el que la sorpresa se mezclaba al dolor, y cayó pesadamente a tierra.

Clive se acarició el canto de la mano con la que acababa de golpearle.

Nada grave, estaría sin conocimiento cosa de cinco minutos. No en vano Clive había practicado aquellos golpes durante años, hasta saber dosificarlos exactamente. Se inclinó sobre el inanimado Morgan y le ató las manos a la espalda con los cordones de sus propios zapatos. Luego lo amordazó con su pañuelo.

Salíó del despacho y fue a un supermercado instalado unas casas más abajo. Allí compró pan, embutidos, algunas latas de conservas y botellas de cerveza. Con todo ello en una bolsa, volvió al despacho.

Morgan ya había recobrado el conocimiento, y pugnaba por desatarse. Sus ojos llameaban. De no haber estado amordazado, le hubiera dicho, una tras otra, todas las palabrotas que los gramáticos no se atreven a poner en los diccionarios.

Clive dejó la bolsa sobre una mesa y contempló a Morgan.

—No debes tomarlo a mal, muchacho —dijo suavemente—. No ocurre nada, salvo que yo te sustituiré en este trabajito. Te he traído comida para tres días, que es el tiempo que estarás aquí. En cuanto a las ligaduras, no me preocupo demasiado; sé que habrás conseguido liberarte antes de un par de horas.

Señaló la habitación, que no tenía ninguna ventana, y cuya ventilación se aseguraba mediante una instalación de aire acondicionado. La puerta era de acero, bajo una tapicería de piel. Había un teléfono, pero solo servía para recibir llamadas desde el exterior, no para llamar desde allí. En resumen, el despacho era una verdadera celda.

Todos los servicios secretos del mundo tienen instalaciones semejantes.

Lugares alquilados con nombre falso y situados, generalmente, en los sótanos de grandes edificios y en el corazón de grandes ciudades. Extraños sitios ignorados que parecen el fondo de una mina y que sin embargo están a unas docenas de yardas del túnel del Metro, y junto a los cuales pasan miles y miles de personas diariamente.

Sitios donde se puede tener encerrada a una persona durante un breve tiempo, sin llamar la atención, cuando por cualquier causa no se la puede trasladar a los centros oficiales del contraespionaje. Lugares que lo mismo sirven para tener preso a un hombre que para protegerlo de los enemigos que lo buscan.

Aquel era el sitio donde le había recibido Morgan. Y el sitio donde Morgan se pasaría tres días, mal que le pesase.

El local pertenecía al C. I. A., pero había sido cedido al F.B.I. Porque sin duda no se quería que un agente del C.I.A. viese ni siquiera a la princesa china. En realidad, los espías y los miembros del contraespionaje, se conocen más de lo que la gente cree. En cambio, un hombre del F.B.I. resultaría desconocido, si alguien vigilaba a aquella belleza oriental.

Murdock susurró:

—Nada te va a suceder, muchacho... Yo haré tu trabajo igualmente bien. Y dentro de tres días volveré a buscarte.

Revolvió entre los documentos que Morgan llevaba en su cartera. La agenda tenía anotaciones, dos de ellas para el día siguiente. La primera decía: «Hotel Manhattan, 211». La segunda, «Publicidad Futuro».

Era suficiente.

Clive Murdock retuvo ambos datos en la memoria, tomó la llave que descansaba sobre la mesa y salió de la habitación, cerrándola cuidadosamente desde fuera. Por mucho que gritase Morgan nadie le oiría, porque la puerta estaba fabricada a prueba de ruidos, y además se encontraba al fondo de un pasillo, completamente aislada de todas las otras.

La mirada relampagueante de su prisionero no le asustó.

Lo que no haría por conseguir un millón de dólares. Clive Murdock estaba siempre dispuesto a hacerlo por conseguir una mujer bonita.

★ ★ ★

El Hotel Manhattan está situado en las fronteras del West Side. Más allá se extienden las avenidas Nueve a Doce, doñee vive mucha gente estupenda, pero que no tiene dinero y, por consiguiente, tampoco tiene *chic*. Eso se tiene muy en cuenta en Nueva York, una de las ciudades

más interesantes, pero también más materialistas del mundo.

Era un buen hotel para una modelo que busca prosperar. Un sitio desde el cual saltar al «Pierre», al «Waldorf Astoria»... o al abismo.

Clive golpeó quedamente en la puerta de la habitación 211. Le abrieron enseguida.

Tuvo que tragar saliva.

La princesa china era mejor en la realidad que en foto. Sobre todo parecía más joven. Su sonrisa era casi tímida.

Debajo de aquella sonrisa, sin embargo, había cosas que quitaban la timidez a un muerto.

Se cruzó el salto de cama con que había abierto, para ocultar a los ojos de Clive la turbadora visión, y susurró:

—Buenos días. ¿Qué desea?

—Yo deseo muchas cosas, paloma, pero de momento me contentaré con decirle que no he traído orquídeas porque no han llegado desde Hawái.

Ella sonrió otra vez, con la misma timidez de antes.

—Puede pasar.

A la luz cruda de la mañana, que entraba a raudales en la habitación, aquel salto de cama era apenas como una gasa por la que todo se filtraba. Y lo primero que se filtró fue la mirada de Clive, que hubo de tragar saliva otra vez.

—Ahí tiene bebidas —susurró ella—. Sírvasse mientras me visto.

—No puedo, nena. Me han ordenado vigilarla.

—¿Qué quiere decir?

—Que incluso he de velar por usted mientras se viste. Es un penoso deber.

—Por ahora no va a cumplirlo, hermanito. Antes de que me vea mejor, tenemos que conocernos.

—Por mí como si hubiéramos jugado juntos de niños, preciosa.

—¿Y esto qué tiene que ver?

—¡Claro que tiene que ver! Significa que también podemos seguir jugando ahora que somos mayorcitos.

Ella le dirigió una mirada enigmática a través de la habitación, antes de entrar en el cuarto de baño. Sus ojos rasgados eran como una promesa y un misterio al mismo tiempo.

Cerró la puerta.

—No hay que preocuparse —susurró Clive para sí mismo—. A mí me gustan más vestidas...

Cuando ella salió de nuevo, comprendió que tenía razón. Porque la muchacha resultaba más maravillosa aún con sus elegantes ropas y su sugestiva falda abierta hasta media pierna. Era una escultura viviente,

pero con ese pequeño toque de perversidad que siempre tienen las orientales. Era una belleza, pero también un misterio obsesionante.

Clive Murdock pensó en Morgan.

Bueno, no había por qué lamentarlo tanto. Él se jugaba la expulsión por una mujer, pero a cambio realizaría bien el trabajo de Morgan y este obtendría las felicitaciones sin haber corrido peligro alguno. No era un mal trato, al fin y al cabo.

Salieron del hotel.

—Tu nombre, mientras estés en este país, será Silvia —musitó Clive—. Pero ¿quieres que te llame de algún otro modo?

—No. Silvia es un nombre que me gusta.

El último coche de Clive estaba estacionado en un solar-*parking*, de las cercanías. Era, como de costumbre, un modelo deportivo, el último bólido surgido de los talleres de la casa «Porsche». Descendieron hasta la calle Cuarenta y Dos y enfilaron a buena velocidad hacia el East Side, hacia los barrios elegantes donde estaban las buenas agencias de publicidad, los grandes almacenes, los soberbios hoteles donde artistas de renombre reciben a sus amistades íntimas.

—Aquel edificio de la izquierda es el Rockefeller Center —explicaba Clive—. Es una verdadera ciudad dentro de otra ciudad. Y aquel otro, a la derecha, es el Empire State. Los dos reciben igual número de visitantes durante el día y la noche. Si tú no has subido a sus torres, yo te llevaré.

—¿Y aquel otro que tiene como unos adornos en la cúpula?

—Es el Chrysler.

Torcieron hacia la derecha, al llegar a la Tercera Avenida.

—Por aquí descenderíamos hasta Greenwich Village y las cercanías de Washington Square —explicó Clive—. Mañana, cuando tengamos un momento libre, te llevaré a ver Wall Street y el rascacielos Wolwoorth, uno de los más antiguos. Antes era la admiración de todo el mundo y ahora parece un enano.

El edificio donde se albergaba Publicidad Futuro era enteramente nuevo. No tenía apenas ventanas, y en su interior debía vivirse una vida casi artificial, con luces graduadas, aire acondicionado y humedad controlada por máquinas supersensibles. A pesar de lo moderno que pudiera ser, a Clive aquello no le gustaba ni pizca.

Las dependencias eran suntuosas, pero había pocos clientes. Muchachas de opulentas curvas se movían diligentes de un lado a otro, llevando carpetas y proyectos de publicidad. Otras se sentaban tras las mesas, cruzando despreocupadamente las piernas. Pensar que todas aquellas chicas estaban a sueldo del servicio secreto llegó a marear a Clive.

Su llegada ya estaba prevista, y, por tanto, todo se encontraba dispuesto. El director de la agencia los llevó a un estudio fotográfico donde había una cámara y varios focos. Un fotógrafo, también perteneciente al servicio secreto, entró con ellos.

Las puertas se cerraron herméticamente. Los focos se encendieron. Se oía silbar tenuemente el aire acondicionado dentro del recinto.

El fotógrafo estaba al corriente de todo. Contempló a Silvia con ojos que no podían ocultar su admiración y explicó:

—Vamos a obtener unas fotos tuyas. No serán divulgadas, naturalmente, sino que pasarán a los archivos de nuestro servicio de seguridad. En cuanto a su presencia aquí, está justificada por la falsa personalidad de modelo que le hemos asignado. Cualquiera que recele y la haya seguido creerá que va a posar para unas fotos publicitarias.

—Me parece muy normal. ¿Dónde me sitúo?

—Ahí. En el punto de confluencia de los focos.

Ella obedeció. Su soberana belleza resaltaba más aún bajo la mezcla de luz rosada y blanca. La abertura de su falda se hizo más turbadora, más patente.

La muchacha miró hacia el techo.

—¿Qué es eso?

Allí había una abertura, cerrada por varios círculos metálicos, cada uno de ellos encerrado dentro del anterior. Del último de esos círculos colgaba una pequeña ampolla llena de un líquido amarillento.

—Es el sistema de seguridad contra incendios —explicó Clive—. Ya se ha popularizado en muchos lugares del mundo, y me extraña que no lo hayas visto antes. Esa ampollita está hecha con una materia muy sensible al calor. Si este aumenta excesivamente, es decir, si se produce un incendio, la ampollita estalla y hace que por ese hueco surja una tromba de agua o bien de espuma carbónica. De un modo u otro el incendio se apaga, aun cuando nadie lo haya visto ni haya dado la voz de alarma.

La princesa china sonrió. Dejó de mirar aquello e hizo un poco más audaz la abertura de su falda.

—¿Estoy bien así?

—Magnífico —dijo el fotógrafo.

Pero Clive protestó.

—Yo quisiera ver el lunar.

—¿Qué dices? —musitó ella.

Y en aquel momento ocurrió algo inesperado, asombroso, alucinante.

Fue algo que, durante mucho tiempo, Clive Murdock recordaría como una pesadilla, como algo que no quería creer.

De pronto, la ampollita situada sobre la cabeza de la muchacha reventó. Eso era muy extraño, porque el calor de los focos no resultaba suficiente para provocar aquello, Luego comprendió Clive que aquella ampollita había sustituido a la que estaba allí originariamente, y que era muchísimo más sensible a cualquier aumento de calor. Pero lo que sucedió a continuación fue algo mucho más extraño, mucho más horrible.

Fue algo que le hizo lanzar un alarido.

Resultó todo tan rápido que no tuvo tiempo de preverlo, y mucho menos de evitarlo. De pronto el agujero del techo pareció estallar también, y desde él se precipitó una verdadera masa llameante. Fue como un auténtico chorro de fuego, como un ataque hecho con lanzallamas.

La muchacha china alzó la cabeza, sorprendida, y apenas tuvo tiempo para que en sus facciones se dibujara un gesto de absoluto terror. No pudo ni gritar.

Inmediatamente su hermoso cuerpo fue envuelto por las llamas.

Era algo tan siniestro, tan espantoso, que cualquiera hubiese quedado paralizado al verlo.

Clive Murdock, sin embargo, no se paralizó.

Fracciones de segundo le bastaron para lanzarse hacia una de las paredes, donde había un extintor de espuma carbónica. Porque además del sistema automático contra incendios, también era conveniente que en un laboratorio fotográfico hubiese además un sistema manual.

Clive lo hizo funcionar. ¡Y de pronto lanzó un alarido!

¡El extintor había sido vaciado! ¡La macabra jugada no tenía un solo fallo!

La muchacha lanzaba alaridos de espantoso dolor, mientras se retorció por el suelo frenéticamente. Era un verdadero mar de llamas lo que había caído sobre ella. Apenas se distinguía su cuerpo como una mancha negra entre aquella espantosa película roja.

No había allí nada que pudiera sofocar el incendio, ni siquiera una manta. Pero Clive hizo lo único que podía hacer; se desprendió de su americana y trató de tapar con ella aquel océano de llamas. En cuestión de segundos, la americana fue consumida. En lugar de apagar el fuego, lo que hizo fue incrementarlo. Una mueca de desesperación, de angustia, de dolor, se dibujó en los labios de Clive.

Fue a arrojarle él sobre las llamas, intentando apagarlas con su propio cuerpo. Pero en aquel momento recibió un terrible mazazo en la nuca.

Sintió que todo daba vueltas en torno suyo. Estaba sobre las llamas, pero no notaba el dolor. Alguien tiró de él, sacándolo de allí

furiosamente. Una voz lejana llegó hasta sus oídos:

—Pero ¿está loco? ¿Quiere morir también?

Notó que lo arrojaban contra una pared, a la que no llegaba el calor abrasador de las llamas. Intentó ponerse en pie y no pudo. El golpe en la nuca había sido dado por un verdadero especialista; el hombre que estaba con él entendía de fotografía, pero también era un hábil luchador entrenado por el F.B.I.

Clive debió estar solo un minuto sumido en la inconsciencia, pero un minuto es más que suficiente para acabar con un ser humano al que envuelven las llamas. Cuando nuevamente fue capaz de ver, la muchacha china ya no se movía. Era como un bulto negro que se iba haciendo más pequeño, más patético cada vez. El fotógrafo había apartado los muebles, para que no se extendiera el incendio, y contemplaba la macabra escena con gesto de rabiosa impotencia.

Clive Murdock notó una cosa muy extraña. Se dio cuenta de que las lágrimas resbalaban por sus mejillas. No recordaba haber llorado jamás así; nunca, ni en sus días de niño.

Tambaleándose, se puso en pie.

—No se acerque —dijo el fotógrafo—. La chica ya ha muerto, y no vale la pena arriesgarse inútilmente. Espere.

Clive comprendió que aquel hombre tenía razón. Hubo de asistir impotente, mordiéndose los puños de rabia, a la consunción de lo que quedaba de aquel cuerpo. Los minutos que el incendio tardó en extinguirse, fueron de los más macabros que recordaba en toda su vida.

Necesitó apoyarse en una pared.

Y así fue como Clive Murdock entró en contacto con aquel caso. Así fue como se enfrentó con la aventura más macabra de su vida.

CAPÍTULO II

Todo era silencio en torno suyo. El cuerpo no era mucho más que una masa irreconocible. Los dos hombres aprecian fantasmas moviéndose en torno a *aquello* que ya no tenía ni figura humana.

Clive susurró al fin:

—Ha sido fósforo.

—¿Cómo?

—Sí. Una gran masa de algodón impregnada con una gran cantidad de fósforo y sumergido dentro de un recipiente con agua. El fósforo no se altera con el agua, y se incendia automáticamente al entrar en contacto con el aire. La ampollita ha provocado la rotura del depósito con líquido y la caída de todo ese material sobre la muchacha que estaba debajo. La combustión ha sido instantánea, sin posibilidad alguna de que ella se defendiera. ¿Siempre se colocan ahí las personas que van a ser retratadas?

—Sí... Precisamente el sistema contra incendios nos servía de orientación. Era el punto donde convergían de una manera ideal las luces de todos los focos.

—Entonces ese dato habrá sido tenido en cuenta. Pero no hay duda de que la instalación habrá sido repasada hace poco, para colocar eso. ¿Quién se encarga del cuidado del sistema contra incendios?

—La casa Kroner.

—Llámela.

Ahora Clive ya había recobrado toda su sangre fría, toda su capacidad de acción. Sufría quemaduras, pero no notaba dolor. Solo sus ojos parecían destilar un frío y venenoso odio.

El fotógrafo llamó por el mismo teléfono que había en el estudio. Instantes después colgaba otra vez, con las facciones intensamente pálidas.

—Los de Kroner dicen que no han repasado la instalación desde hace un año. Creían que yo les reclamaba por no hacerlo, y han prometido venir mañana mismo. Pero yo recuerdo que hace apenas dos días se presentaron unos individuos aquí e hicieron un repaso. No nos extrañó a nadie, porque es una costumbre normal, y las mismas compañías de seguros la exigen a veces.

—Era de esperar —susurró Clive—. Y también es de esperar que los que han venido, utilizando ese nombre falso, no hayan dejado ninguna pista. Me temo que resolver este asesinato nos va a ser más difícil de lo

que nosotros mismos creemos ahora. Y hay algo más. Eso significa que el asunto de la princesa china había sido descubierto. Eso significa que nuestros planes eran conocidos.

Descolgó el teléfono también y marcó un número. Era el que correspondía al despacho donde estaba encerrado Morgan; aquel sitio maldito donde podía recibir llamadas, pero no hacerlas.

La voz de Morgan le saludó amablemente:

—¿Qué quieres, maldito hijo de perra?

—¿Estás bien, Morgan?

—Todo lo bien que tú me has permitido. ¡Tardé cuatro horas en deshacer las ligaduras! ¡Me he acordado de tu madre más que tú, pero en otro sentido! ¡Y además la cerveza era mala! ¡Has comprado cerveza danesa, y a mí me gusta la alemana!

—Morgan... —la voz de Clive era espesa—. ¡No podemos hablar de cerveza ahora. Ha ocurrido algo terriblemente grave: la princesa china, nuestra amada Silvia, ha muerto!

—¿Queeeeé...?

—Ha muerto quemada viva.

Se oyó un resuello al otro lado del cable, como si a Morgan le costase respirar.

—Clive, tú estás borracho.

—Nunca me he emborrachado, Morgan. No sé lo que es eso. Pero te he llamado para que estés atento, porque voy a ir ahí. Nuestro plan ha sido descubierto, y eso significa que corres peligro. Iré a sacarte inmediatamente.

—Eso es lo que espero... ¡Calla!

La voz de Morgan se había transformado, repentinamente, en un susurro. Clive murmuró:

—¿Qué sucede?

—¡Alguien trata de entrar!

—¿Qué procedimiento emplean?

—Veo que se mueve el picaporte. Están tratando de forzar la cerradura con una llave falsa.

—Es difícil que lo consigan, Morgan, porque la puerta está reforzada, pero por si acaso, ¿tiene usted su pistola?

—Sí.

—Manéjela sin contemplaciones. Sea quien sea el que quiera entrar... ¡tire a matar! ¡Este es un asunto en el que no se permite la menor vacilación! ¡Todos estamos condenados a muerte!

—Lo haré, Clive.

La voz de Morgan era insegura. El federal gritó:

—¡Voy enseguida! ¡Tardaré diez minutos escasos!

Sabía que necesitaba correr, que la suya era una desesperada carrera contra reloj. Morgan era un hombre muy astuto y un gran especialista en asuntos orientales, pero no había sido bien adiestrado en la lucha cuerpo a cuerpo ni en el manejo de las armas. Clive había aprendido a manejar el sable con profesores cosacos, era un auténtico campeón olímpico con el revólver y había recibido lecciones de arma blanca luchando y entrenándose con veteranos cuchilleros de Guadalcanal. Morgan era un hombre muy distinto.

—Su americana —pidió al fotógrafo.

—Le vendrá algo estrecha.

—Es igual. Solo quiero que me cubra la funda axilar. No puedo ir por la calle enseñando el revólver.

Efectivamente, la chaqueta le venía estrecha, pero Clive no iba a ningún concurso de modas. Salió como una tromba y saltó materialmente sobre el asiento de su coche. El «Porsche» rugió. La calle Cuarenta y Dos, la única que tiene dos direcciones en Manhattan, es una vía de circulación rápida, y además tuvo suerte con las luces de tráfico. Le bastaron siete minutos para situarse en el lugar donde estaba el «despacho» de Morgan.

Cruzó la calle a la carrera.

El edificio donde estaba situado el despacho había sido elegido cuidadosamente, no era demasiado alto, y solo lo ocupaban unos cuantos profesionales que iban a sus despachos de tarde en tarde. En la planta baja había una funeraria. Los departamentos de los sótanos estaban vacíos en su mayor parte.

Clive descendió los peldaños de metal con la velocidad de un bólido. Avanzaba como una tromba hacia los sótanos donde estaba situado el despacho.

Pero no tuvo en cuenta que hacía demasiado ruido. Su propia impaciencia le delató. Los que estaban abajo pudieron ponerse en guardia y pasar al ataque.

Clive lo vio todo como en una película borrosa.

Al fondo, la puerta abierta del despacho. Pensó que después de todo, aquellos tipos habían conseguido forzar la cerradura. Más allá se veía un cuerpo tendido, inmóvil. Clive Murdock lanzó un rugido al reconocer el cuerpo de Morgan.

Lo habían asesinado.

Cuatro figuras vestidas de negro se encontraban en aquel pasillo. Llevaban impermeables de ese color, sombreros y guantes. Para que nadie pudiese reconocerlos y no faltara un detalle, se habían colocado también unas máscaras.

Clive se pegó a la pared, mientras disparaba rabiosamente.

Una de las figuras, la que estaba más cerca, cayó dando una extraña voltereta. Otra intentó cobijarse en el despacho.

No llegó a atravesar nunca el umbral. Un nuevo disparo de Clive le voló la cabeza.

El federal seguía la misma consigna que él había dado a Morgan: tirar a matar. Y lo hacía con doble razón, por cuanto Morgan ya no podía seguir aquella consigna.

Si aquellos eran los tipos que habían quemado viva a la muchacha china, merecían cien veces la muerte.

Había una escalerilla de incendios al fondo del pasillo, y una de las figuras trepó por ella. Clive hizo fuego, pero falló esta vez a causa de la semioscuridad. La figura se escabulló, mientras la otra intentaba seguirla.

Esta era un blanco perfecto, pero Clive no podía tirar a matar esta vez. Necesitaba capturar vivo al menos a uno de los fantasmas. Disparó a las piernas.

La única figura negra que quedaba en su campo visual se estremeció, pero no llegó a caer a tierra. Su entrenamiento debía ser perfecto, porque siguió avanzando sobre un solo pie, mientras disparaba rabiosamente a lo largo de la pared.

Las balas trazaron surcos en los ladrillos, mientras parecían aullar quejumbrosamente.

Clive Murdock se pegó al suelo, mientras las balas pasaban rozándole, y apretó el gatillo de nuevo. Su puntería fue prodigiosa esta vez, teniendo en cuenta que estaban en una zona oscura y su enemigo iba vestido de negro.

La pistola que el otro empuñaba saltó por los aires, sin que la mano fuese alcanzada.

Ahora Clive tenía todas las ventajas. Avanzó a la carrera hacia su adversario.

Este gateaba ya desesperadamente por las escaleras de incendios, tratando de escapar. Clive lo sujetó por un zapato y lo hizo caer hacia atrás.

Los dos rodaron por el suelo. Clive estuvo a punto de asestarle un golpe a la nuca, para dejarle sin sentido.

Pero de pronto su mano derecha quedó inmovilizada en el aire. De repente pareció como si los músculos de Clive Murdock se hubiesen agarrotado.

Aquella indecisión duró apenas unos segundos, pero ese tiempo es suficiente cuando uno lucha contra una persona experta. De repente Clive se sintió volteado por los aires, y su cabeza chocó contra una de las puertas. Momentáneamente quedó aturdido.

Al levantar la cabeza, vio que la silueta negra había desaparecido ya. Todo lo que le rodeaba eran muertos. Al fondo del pasillo, dos siluetas corrían pesadamente hacia él.

Clive preparó su calibre 38 reglamentario, pero enseguida se dio cuenta de que no era necesario emplearlo. Los que llegaban corriendo eran dos agentes del F.B.I. Probablemente los había enviado el fotógrafo, llamándolos desde Publicidad Futuro. Sabía adónde iba a dirigirse Clive al ver el número que marcaba en el teléfono, cuando hizo la que iba a ser la última llamada en la vida de Morgan.

Clive farfulló:

—¿Han visto algo?

—Una sombra que huía. Le han volteado bien, muchacho. Está usted en baja forma.

—Por favor, que uno de ustedes haga rodear la manzana, por si aún estamos a tiempo de capturar a alguien. Son dos fugitivos vestidos de negro, aunque es de suponer que al huir de aquí se quitarán algunas prendas. Es de suponer que habrán traído algún coche, aunque yo no he podido verlo.

—*Okay.*

Uno de los dos gorilas salió pateando y echando humo. Clive se quedó con el otro.

—He visto cómo le volteaban —insistió este—, aunque no me he atrevido a tirar para no cometer un error. ¿Qué le pasa, Clive? ¿Por qué vaciló durante aquellos segundos!

—Usted también hubiera vacilado si llega a notar que debajo tenía una mujer, amigo.

—¿Una mujer...?

—Me he quedado corto. Una señora imponente.

—¿Es que ha notado sus relieves?

—¿Qué si los he notado? —masculló Murdock—. Era una mujer de esas que, si se lanza al agua en una zona donde haya observatorio de radar, las pantallas detecten un acorazado. ¡Qué relieves! A dos metros de distancia ya podía uno tocarlos. Por eso me he quedado tan pasmado. Y si ella llega a tener una pistola en la mano, me mata y no me entero.

—Usted siempre ha tenido líos con las mujeres, Murdock —masculló el otro federal—. En el F.B.I. lo conocemos bien, maldita sea. ¿Y si esos muertos son también mujeres?

—No lo creo, pero vamos a mirarlo.

Clive Murdock arrancó las máscaras a los dos caídos. Eran dos hombres, y sus rasgos faciales no dejaban lugar a dudas.

—Chinos —masculló el otro.

—Lo cual hace pensar que la fugitiva debía ser una china también.

—Y además joven y ágil —dijo el federal recién llegado—. El salto que dio fue prodigioso. Tanto que yo me quedé asombrado y sin saber manejar el revólver. Materialmente me pasmó.

—Pues se hubiera pasmado más caso de saber que estaba herida, amigo. Le había atizado antes un balazo en una pierna. Bueno, ahí vuelve su compañero.

El otro regresaba con cara de perros.

—En el momento en que he salido llegaban dos coches patrulleros atraídos por los disparos —dijo—. He logrado que los agentes se distribuyeran rodeando casi toda la manzana, pero creo que no conseguiremos nada. Hay unos grandes almacenes cerca de aquí. ¿Cómo podremos registrar a todo el mundo?

—Pues hay que lograrlo —decidió Murdock—. Uno de los fugitivos es una mujer, probablemente china, y además está herida en una pierna. Son demasiadas cosas, ¿no? Creo que pueden conseguir algo.

El federal refunfuñó:

—Quizá hayan logrado huir por cuestión de segundos... Bueno, voy a ver qué es lo que intentamos.

Volvió a salir. Clive dirigió entonces una mirada al cuerpo sin vida de Morgan.

¿Hasta qué punto era él el responsable de su muerte? ¿Hubiese acabado Morgan del mismo modo si Clive no llega a interesarse tanto por la princesa china? ¿Hubieran ocurrido las cosas de igual modo si él no llega a sentir aquel flechazo súbito, que le obligó a no pensar en nada que no fuese la posesión de aquella mujer?

Imposible saberlo, pero ahora Clive estaba seguro de algo. Se había metido en aquel asunto hasta el cuello, y tenía que dejarse la piel en él. No solo sus jefes estarían en contra suya por haber sustituido a Morgan de aquel modo, sino que él tenía una obligación moral hacia el muerto. Necesitaba vengarle. Necesitaba también vengar a la princesa china aunque fuera la última cosa que hiciera en este mundo.

Entró en el despacho y lo vio todo revuelto. Sin duda los intrusos habían tenido tiempo de registrar. Clive intentó situar sus recuerdos del día anterior y del modo como estaban distribuidas las cosas en el despacho. Le interesaba no lo que había allí, sino lo que faltaba.

Y de pronto se dio cuenta.

¡Las fotos!

Las sugestivas fotos de la princesa china eran lo único que no estaba ya allí. Y como Morgan no pudo habérselas comido ni sacado del despacho, era evidente que se las habían llevado los asesinos.

Quizá el objeto del golpe era solamente eso.

Cuando Clive salió al exterior, le dolía la cabeza. Vio venir hacia él al primer federal, y por su cara dedujo que las cosas no marchaban demasiado bien en la calle.

—¿Nada? —musitó.

—Han llegado nuevos patrulleros y hacemos una investigación masiva, pero me temo que hayan podido huir en la confusión de los primeros segundos.

—Una boca de alcantarilla... —susurró Clive—. Es una boca de alcantarilla lo que les habrá servido, Hagan una investigación en ese sentido, pero me temo que ya sea demasiado tarde.

Fue hacia la salida. Pocas veces en su vida se había sentido tan desbordado, tan perdido como en estos dramáticos momentos. La calle le produjo una impresión fantasmal, con sus patrulleros detenidos en las esquinas y el aullido de las sirenas de los que continuaban llegando.

—¿Qué va a hacer? —masculló uno de los federales—. ¿No necesita ayuda?

—Solo necesito estar solo —susurró Clive—. Desesperadamente solo... Tengo una idea en la cabeza, una idea que puede servirme. Y quizá la ponga en práctica esta misma noche.

CAPÍTULO III

Hay centenares de miles de chinos en Nueva York, y muchos más aún en San Francisco. Los hay en todo el país, en las zonas más insospechadas, en los rincones más remotos.

Durante años, cuando la inmigración en el país era libre, los chinos llegaron en auténticas manadas desde las tristes ciudades de Oriente donde veían morir a sus hijos y donde ellos mismos solo podían alimentarse con un puñado de arroz. En Estados Unidos se establecieron y abrieron lavanderías, peluquerías, restaurantes, salones de limpiabotas, garitos de juego que de vez en cuando eran clausurados.

Luego, en plena guerra mundial, cuando Chan Kai Chek era considerado uno de los «cuatro grandes» (Estados Unidos, Inglaterra, Rusia y China), nuevos contingentes amarillos pudieron penetrar en el país. Un chino llama allí la atención menos que un negro, sobre todo en el distrito Sur, que es el barrio amarillo, así como el barrio negro se encuentra al Norte, a orillas del río Harlem.

Clive Murdock sabía bien lo difícil que era tener éxito en aquella misión. Pero se dispuso a intentarlo.

Lo primero que hizo fue ir a su apartamento y desconectar el teléfono. Para oír las maldiciones que iban a lanzarle sus jefes, no necesitaba aquel cacharro. Luego se duchó, se cambió de ropas y repuso los proyectiles de su revólver.

Flecho esto, salió a la calle.

Hacía una hermosa noche. Una noche para amar o para soñar, no para pensar en una muchacha muerta.

El haberse dejado atraer irresistiblemente por la foto de una mujer había metido a Clive en aquel lío sin nombre. Ahora se sentía moralmente obligado a seguir hasta el fin, fuese cual fuese el resultado. Aunque tuviera que dejarse la piel.

A no mucha distancia del Bowery neoyorquino, y en la parte sur de Manhattan, se halla enclavado uno de los barrios chinos más extensos de América. Los restaurantes donde se cocinan aletas de tiburón o nidos de golondrina, se alinean junto a las tiendas de flores, las de objetos de artesanía o las funerarias donde se pinta y se maquilla al difunto antes de exhibirlo en el ataúd. También hay algunos cabarets, salas de espectáculos, pequeños bailes donde manos blancas se unen a manos amarillas. Era ese el mundo que buscaba Clive Murdock.

Entró en el famoso restaurante Port Arthur y buscó entre los

clientes algo que pudiera llamarle la atención. Luego estuvo en dos teatros chinos. Por fin deambuló ante locales de escasa categoría donde se anunciaban atracciones orientales, desde números de circo hasta las ingenuas sombras chinescas, pasando por cuadros de «esculturas vivientes» más o menos excitantes para el hombre blanco.

Fue aquel guiño lo que le llamó la atención: aquel guiño luminoso, aquel parpadeo de las luces en la noche.

Las bombillas se encendían y se apagaban escribiendo un nombre. Algunas de ellas estaban fundidas, pero se podía leer con claridad:

LIN SIKa

La famosa acróbata china

Era ya casi medianoche y la animación iba decreciendo. Clive se acercó al portero, un robusto oriental que parecía arrancado de una vieja película de Charlie Chan.

Clive encendió un cigarrillo.

—¿Tengo tiempo de ver actuar a Lin Sika?

—Hoy ya no, señor. Y me temo que durante algunos días no podrá verla.

—¿Por qué?

—Está enferma.

El federal exhaló pensativamente una bocanada de humo.

—Vaya, lo siento... Yo soy un admirador suyo. Gracias.

Se alejó por un callejón lateral, donde se amontonaban los cubos de desperdicios de un restaurante chino. Un olor a pescado pasado, a cortezas de queso en estado de putrefacción hirió su olfato.

Todos los nervios de Clive vibraban.

A él también le había llamado la atención el magnífico salto de la mujer a la que dejó escapar aquella mañana. Había pensado que pudiera tratarse de una profesional de las varietés o del circo. Y ahora se encontraba ante una artista que estaba enferma. ¿Enferma o lesionada?

No podía olvidar que, creyéndola un hombre, había tirado a sus piernas.

Vio una ventana que estaba a un par de yardas por encima de su cabeza y que sin duda daba a la parte interior del local. Se dispuso a trepar por ella.

Y ya iba a sujetarse al alféizar cuando una voz masculló a su espalda:

—Muy bien, amigo. Baje de ahí si no quiere que le barrene la cabeza.

Clive se volvió ligeramente, sin moverse. Un par de yardas más

abajo, al nivel de la calle, estaba el portero chino. El portero y una pistola de grueso calibre que le apuntaba directamente a la cabeza.

Clive esbozó una sonrisa.

—¿Está prohibido tratar de ver a Lin Sika?

—De ese modo sí. Baje.

Clive bajó. Pero lo hizo de un modo que el chino no esperaba. Bajó volando y desplomándose contra el corpachón de su enemigo.

La caída estuvo realizada con precisión maestra. Mientras una mano sujetaba la pistola, la otra caía sobre el cuello del oriental.

Este lanzó un respingo, con la respiración cortada, mientras caía rodando por tierra.

No llegó a disparar porque Clive le había sujetado la muñeca derecha y mantenía la pistola apuntando al cielo. En esas condiciones, al chino no le interesaba sembrar la alarma para asustar solamente a los pájaros. Clive le propinó otro golpe con el canto de la mano, ahora bajo el pabellón nasal. Era un golpe como para tumbar a un rinoceronte viudo.

Por eso Clive se sorprendió al notar que volaba por los aires. Aquel gigante oriental no estaba vencido, ni mucho menos. Había arqueado su cuerpo y lo había enviado de un solo impulso al otro lado del callejón.

Lo peor era que el amarillo aún tenía su pistola. Clive contaba con su revólver, pero no le convenía usarlo para no sembrar la alarma. Dio una rápida voltereta por el suelo mientras el otro, no tan ágil, se incorporaba pesadamente.

Antes de poder apretar el gatillo, ya tenía encima uno de los monumentales recipientes de basura. Lanzó un gruñido mientras varios kilos de rasas de pescado maloliente se desplomaban sobre él.

Clive no perdió ni un segundo. Apoyándose sobre un solo pie, levantó otro de los cubos y lo estrelló contra la cabeza del chino.

Se produjo un «*iblaaam!*» largo y sonoro. El amarillo cruzó los ojos y cayó de espaldas mientras lanzaba un estertor. Clive le quitó la pistola, lo sujetó por los pies, lo introdujo en el recipiente que se había vaciado antes y lo cubrió con la tapadera. Luego tomó un pedazo de carbón de los que había en el suelo de la calleja y escribió sobre el metal del recipiente: «Carne sobrante para la beneficencia pública».

El chino tardaría bastante en despertar, y para cuando lo hiciera, él ya habría conseguido algo.

Bueno, eso esperaba.

Trepó de nuevo hasta la ventana, la empujó y penetró ágilmente por ella. Lo que pudo ver, sumido en penumbra, fue un tocador para las coristas, provisto de muchos espejos y un solo biombo.

Se oía una música lejana y barata, junto con el taconear de muchos zapatos femeninos. Luego resonó una salva de aplausos.

Clive, que ya iba a salir por una puerta pintada de blanco, tuvo que volver atrás. Lo menos doce coristas se aproximaban al galope.

Hubo de dar casi una vuelta de campana en el aire para llegar a tiempo de introducirse tras el biombo.

Las luces se encendieron de pronto, y la habitación se llenó de gritos y de pasos apresurados. Por entre las rendijas del mueble, Clive vio cómo doce coristas orientales —todas ellas chinas magníficamente proporcionadas— se quitaban la ropa de escena. Muchas de ellas quedaron sin otra cosa que sus zapatos de alto tacón. Con gestos apresurados se dispusieron a colocarse otra ropa.

—¡Esto no es vida! ¡Hacen correr demasiado!

—¿Te has fijado en aquel tipo asqueroso de la segunda fila?

—Ya lo creo que me he fijado. Era tu marido, ¿verdad?

—Oye, pequeña... ¡yo a ti te mato!

«Mientras no decidan tirarse el biombo por la cabeza...», pensó Clive.

En aquel momento, una voz femenina dijo junto a él:

—¿No le parece que esto ya es una manía, muchacho? ¿Tanto le gustan las chicas?

Clive lanzó un respingo y alzó la cabeza. Una de las coristas estaba tras él. Sus piernas largas, torneadas, mórbidas, casi rozaban sus ojos.

—Yo... es que... buscaba mi entrada, ¿sabe? La he perdido.

—A lo mejor yo le ayudo a encontrarla.

Clive no sabía si la corista hablaba en serio o iba a ponerse a lanzar aullidos de un momento a otro. Para calmar el ambiente, susurró:

—¿Usted por qué se cambia detrás del biombo, al revés de las otras?

—Es que yo soy muy tímida. Me da vergüenza que me vean.

—Ah, ya...

—Horriblemente tímida. De pequeñita, cuando vivía en Shangai, ya me sucedía. Por cualquier cosa me pongo encarnada, ¿sabe? ¡Y eso de tener que enseñar las piernas en público! ¡Uf, qué horror! ¿Por qué no me ayuda a quitarme esto?

«Esto» era una prenda íntima. Clive estuvo a punto de dar un brinco.

En aquel momento, una de las coristas gritó desde la puerta:

—Ya hay que salir otra vez... ¡Eh, tú, Piai! ¿Qué te pasa? ¿Es que te has muerto detrás del biombo?

La vergonzosa Piai se cambió en cuestión de segundos, mientras Clive abría unos ojos como platos.

—¡Ya voy! Hija, ¿es que una tiene que enseñarlo todo? ¡Sois unas

descaradas!

Movió el pie derecho y por poco deja tuerto a Clive, al clavarle un tacón junto al ojo. Luego salió.

—Así mirarás menos a las otras, amor...

El tocador había quedado solo otra vez en cuestión de minutos. Clive se atrevió a salir del biombo.

Un pasillo comenzaba más allá de la puerta. Clive avanzó por él dándose cuenta de que estaba perdiendo un tiempo precioso. El portero debía estar a punto de despertarse ya.

Se oía otra vez la música pegadiza y el «tac-tac» de muchos tacones al avanzar por la pasarela.

Clive abrió una puerta. Era otro camerino más pequeño, pero vacío.

Abrió una nueva puerta. Este camerino no estaba vacío.

El golpe que Clive recibió en la nuca le hizo caer de bruces al suelo, mientras su boca se llenaba de sabor a sangre.

Un gigante chino que debía pesar ciento cincuenta kilos se dispuso a saltar sobre él, aplastándolo con su peso, Clive dio una vuelta sobre sí mismo. Las posaderas del gigante chocaron contra el pavimento y por poco provocan un terremoto.

A pesar del golpe en la nuca, Clive estaba tan despierto como si acabara de salir de la ducha. Enlazó los dos puños y movió ambos brazos en abanico, cazando la mandíbula del amarillo.

Este se tambaleó, pero no perdió el conocimiento. Para llegar al K.O. un tipo como aquel necesitaba más tiempo que un cojo para recorrer la Gran Muralla de China.

Al contrario, el amarillo se lanzó al ataque.

Su puño derecho avanzó a la velocidad de una locomotora contra la mandíbula de Clive. Este esquivó, dejándose caer al suelo del todo. El chino aterrizó de narices, como un bombardero pesado que se hubiera olvidado las ruedas en casa.

Su nuca quedó tentadoramente al alcance de los puños de Clive. Este la aporreó dos veces, con dos terribles impactos.

Vio que el chino trataba de ponerse en pie, pero flotando ya por la habitación. Ahora estaba completamente *groggy*.

Clive le permitió incorporarse, porque así no descansaba. Luego lo cazó de un gancho a la mandíbula y lo envió contra una de las paredes. El corpachón del amarillo pareció hacer retemblar el edificio entero. Luego quedó sentado, con la cabeza apoyada sobre el pecho, completamente exánime.

Entonces Clive volvió la cabeza para ver bien el resto de la habitación, en la que no había podido ni fijarse.

Vio muchas cosas interesantes. Por ejemplo:

Unos labios rojos y sensuales que sonreían burlonamente.

Una cara oriental y amarilla, pero tan perfecta que las que se volvían amarillas al verla eran las americanas, a causa de la envidia.

Unas caderas anchas y mórbidas.

Unas piernas de primera división.

Clive Murdock no mostró ninguna sorpresa al darse cuenta de que una de esas piernas estaba vendada junto al muslo.

—Sentí tener que atizarle —dijo Clive—, pero la verdad, entonces creí que era un hombre.

—No tiene demasiada importancia. Solo me pellizcó la carne.

—También es casualidad... Ahora resulta que la bala tenía los mismos gustos que yo.

Ella movió un poco la pistolita pequeña, pero mortal, adornada con nácar, y que apuntaba a la cabeza del joven.

—Las ganas de broma se le van a terminar pronto, Clive Murdock.

—¿Qué juego es este? —masculló él, cambiando su expresión de repente—. ¿A quién sirves tú, muñeca?

—Eso no te importa.

—Al contrario; me importa mucho. Y creo que a ti te conviene hablar. No estoy solo, sino que varios hombres van a rodear este edificio de un momento a otro.

—Si fueras otro me lo creería —dijo ella burlonamente—, pero tengo dos motivos muy importantes para creer que no. En primer lugar, el portero ha despertado hace unos instantes y ha dicho que eras un hombre solo. En segundo lugar, tú nunca has buscado ayuda. Siempre has actuado como un lobo solitario.

Clive se dio cuenta de que aquella chica era cualquier cosa menos una despistada. Le conocía bien.

—De todos modos podrías decirme qué es lo que quieres hac...

No llegó a pronunciar la última palabra. Un terrible golpe en la nuca le hizo caer de bruces, a los pies de la mujer. Ella no se preocupó en absoluto de modificar la postura de sus piernas.

Clive fue a incorporarse, pero sus reflejos no funcionaron bien después del terrible golpe. Alguien le sujetó las manos y se las ató sólidamente a la espalda. Otro enemigo le sujetaba los pies para que no pudiera moverlos, cosa inútil, porque en aquella postura y después de ser embestido por aquella especie de acorazado, poco era lo que podía intentar Clive Murdock.

Cuando estuvo atado, lo sujetaron por la americana, levantándolo en vilo, y lo pusieron en pie.

Clive Murdock dijo a la china:

—Gracias por el panorama, nena. Ha sido lo único bueno de esta

sesión de lucha.

—Tengo otros panoramas mejores, pichón. Lo de ahora era solo propaganda. Pero me temo que tú no vas a poder llegar más lejos.

No, Clive sabía que no llegaría más lejos. Aquello estaba terminando, desgraciadamente. Ignoraba contra quién luchaba, pero de una cosa estaba seguro: las comunidades chinas, en Estados Unidos, son un enredijo que la policía nunca ha conseguido dominar del todo. Si habían decidido que desapareciese, nunca encontrarían su pista. Moriría, quizá entre atroces suplicios, sin que nadie escuchara sus últimos gritos de agonía.

Pero esa era la terrible regla del juego. El que pierde, paga. En cada partida uno ya sabe que arriesga su piel.

Fue sacado del edificio por una puertecilla que daba al mismo callejón en el que había sostenido la primera pelea. Pero ahora el callejón no estaba vacío, sino que había un coche en él. Las latas de desperdicios habían sido amontonadas al fondo, para dejar espacio al vehículo. Las portezuelas abiertas de este rozaban materialmente los muros de ladrillo de las casas.

—Entra.

Dos tipos gigantesco le empujaban con sus pistolas. Previamente, Clive había sido desarmado. Se encontró sentado en el diván posterior, con un tipo a cada lado, mientras una mujer se sentaba al volante.

Era una mujer muy bonita, de leves facciones orientales, y tenía un sospechoso parecido con la corista que le descubrió tras el biombo. Clive sonrió, maldiciéndose a sí mismo.

Salieron del callejón a poca velocidad, rodando hacia el sur de Manhattan, hacia las zonas de Wall Street. Clive sabía perfectamente que aquellos lugares, tan trepidantes durante el día, estaban absolutamente desiertos durante la noche. Y trató de imaginarse qué es lo que harían con él.

¿Arrojarle a la bahía introducido en un saco? ¿Llevarlo a alta mar en un yate para arrojarlo allí por la borda? ¿Cerrar herméticamente las portezuelas y enviarlo con él al agua? ¿O simplemente rebanarle el pescuezo frente a la Bolsa de Nueva York?

De pronto, todos aquellos sombríos pensamientos de Clive cambiaron.

De pronto, como en un cambio teatral de decoración, todo resultó distinto.

CAPÍTULO V

El coche, que descendía por Broadway, a la altura de «la milla más famosa del mundo»¹, giró de repente a la derecha, buscando introducirse en una calle lateral. Y a la entrada de esa calle empezaron a suceder cosas.

El vehículo iba a poca velocidad. Fue eso lo que evitó que patinara y se estrellase cuando reventaron a la vez sus dos neumáticos delanteros.

Alguien había disparado con silenciador desde las sombras, con una eficacia y precisión absolutas. Lo primero que notó la conductora fue que el coche se le iba y que la dirección parecía haberse roto. Inmediatamente el morro del capó pareció empotrarse en tierra. Los dos hombres que iban junto a Clive lanzaron una maldición.

No tuvieron tiempo de hacer nada más. Inmediatamente se vieron encañonados por dos metralletas.

En la calle solitaria, bajo la luz un poco irreal de las lámparas funcionando a media presión, todo aquello parecía la escena de una pesadilla.

Clive Murdock no lo comprendió bien en el primer momento. Y aún lo comprendió menos cuando vio surgir de las sombras a otra figura que llevaba en la derecha una «Luger» con silenciador acoplado. Era esa figura, sin duda la que había disparado contra los neumáticos.

Todos aquellos extraños personajes iban vestidos de negro y llevaban sombreros echados sobre los ojos.

No dijeron una palabra. Los que escoltaban a Clive se dieron cuenta enseguida de lo que podía suceder allí.

Encajonados dentro de un coche que no podía rodar ni media yarda más, era como si ya estuviesen metidos en un ataúd. A los aparecidos les bastaría rociarlo con plomo para que nadie quedase vivo allí. En cuestión de segundos, aquello podía convertirse en una matanza.

Por eso nadie buscó pelea. Los que vigilaban a Clive levantaron los brazos rápidamente.

La muchacha del volante también había hecho lo mismo.

El personaje de la «Luger» la movió enérgicamente, haciendo una seña. Todos descendieron, menos Clive. Porque la misma pistola le apuntó para indicarle que se quedara quieto. Los tres orientales se apoyaron con las manos en la pared más cercana, dando la espalda a sus enemigos, y en tanto uno de estos les apuntaba con su metralleta, el otro les cacheaba y les privaba de sus armas. El de la «Luger», había

desaparecido.

Todo aquello se desarrollaba en el más absoluto silencio. Si algún policía aparecía por allí, sería por absoluta casualidad. Y no era presumible que alguien hubiera visto la escena desde las oficinas desiertas que jalonaban la calle.

Clive comprendió que sería tonto tratar de huir. No tenía la menor posibilidad de escabullirse, en terreno despejado y con dos metralletas a la espalda.

Se oyó entonces el ruido del motor de un coche. Un «Oldsmobile» que había estado oculto en las sombras llegaba ahora en marcha atrás, hasta situarse junto al de los neumáticos descuartizados.

La negra figura de la «German Luger» estaba al volante. Hizo otra seña a Clive, quien pasó de un lado a otro, sentándose también en el diván posterior. Sabía que en estos momentos le convenía obedecer. Los de las metralletas saltaron rápidamente y se colocaron a sus costados.

Uno de ellos disparó una ráfaga desde la ventanilla, contra los tres que aún seguían con las manos en la pared. Clive rechinó los dientes al ver que los asesinaban con tal frialdad, e incluso hizo un gesto para desviar la metralleta.

Pero la ráfaga iba dirigida a los pies, no al centro de los cuerpos. Los tres dieron un mismo brinco mientras se apelotonaban en tierra. Antes de que pudieran hacer un solo movimiento más, el «Oldsmobile» había desaparecido.

Clive lanzó un suspiro.

—Bueno, no he ganado demasiado —refunfuñó.

Los que estaban a sus costados no respondieron. En la oscuridad del vehículo, Clive solo podía ver sus relieves y los sombreros tapándoles casi completamente los rostros.

—Estaba prisionero entre dos tipos y ahora sigo estándolo —insistió el federal—. ¿Qué juego es este?

Tendió un poco el codo derecho, para ver si su enemigo de aquel lado reaccionaba o no, pensando ya en tratar de huir en cuanto llegaran a una calle un poco más concurrida.

Y de pronto quedó sin respiración. Sus ojos se dilataron.

Alargó el codo otra vez, pero ahora con más fuerza.

La voz dijo a su derecha:

—Estate quieto, sobón.

Era una voz de mujer. Clive sintió, de pronto, que el mundo entero daba vueltas en torno suyo. Ahora se movió hacia la izquierda, pero alargando no solo el codo, sino también la mano.

La verdad era que resultaba difícil adivinar —al menos juzgando

por sus relieves— cuál de las dos chicas era más preciosa. Y Clive se decidió a averiguarlo —solo con fines puramente científicos, claro — moviendo ambas manos a la vez.

El coche frenó.

—Ellas no están acostumbradas a que las acaricien —dijo, desde delante, otra voz femenina—. Son chicas muy serias.

—Ya... ya lo veo.

Clive sudaba.

¿De modo que había caído en poder de tres mujeres?

Pero aquel pensamiento quedó cortado casi de pronto. La mujer del diván delantero dijo entonces lo más inesperado del mundo.

—Está usted libre, señor Murdock.

—¿Cómooo?

—He dicho que puede marcharse.

Clive respiró con fuerza.

—Yo no me muevo de aquí. Estoy dispuesto a los más horribles sacrificios para cumplir con mi deber. Yo me quedo entre estas dos... dos señoritas. Por cierto, ¿no pueden llevarme a otro coche donde se esté un poco más apretado?

—Veo que no ha perdido del todo su buen humor, señor Murdock.

—Yo soy un esclavo de las órdenes recibidas.

—Usted no ha recibido ninguna orden, señor Murdock —dijo la misteriosa mujer que había conducido hasta entonces—. Pero ya que siente tanto interés por quedarse con nosotras, le invitaré a una taza de té chino. ¿Quiere conocerme?

Se quitó el sombrero. Unas preciosas facciones orientales, unos sensuales labios, unos ojos profundos, aparecieron ante el federal. Lástima que la escasa luz que llegaba desde la calle no permitiera distinguir aquel conjunto demasiado bien. Pero Clive imaginó que, si el cuerpo era como la cara, era como para ponerse a lanzar gritos de entusiasmo en el mismo coche.

Las otras también se habían quitado los sombreros. Eran dos auténticas bellezas chinas, dos mujeres de las que le hacen entrar a uno ganas de ir a casarse a Shangai.

El coche había arrancado de nuevo. Remontó ahora la Sexta Avenida, o Avenida de las Américas, hasta llegar a la calle Cuarenta. Allí penetró en el garaje privado de un edificio de dos plantas.

Clive susurró:

—No necesitáis llevar las metralletas, nena. Me rindo. Podéis hacer conmigo lo que queráis. ¿Cuál de las dos empieza?

—No tengas prisa, hermanito.

La puerta del garaje se había cerrado tras ellos. Una luz blanca y

lechosa lo inundaba todo cuando descendieron los cuatro.

Las mujeres eran altas. Al parecer, no les faltaba detalle.

Subieron todos unas escaleras de caracol, y Clive penetró en un saloncito chino amueblado con exquisito gusto. Aunque no entendía nada de todo aquello, su situación era mucho mejor que media hora antes, por ejemplo. Resolvió mantenerse a la expectativa.

La muchacha de la «Luger» había desaparecido. Las dos de las metralletas le indicaron que podía sentarse, y ellas se quedaron allí montando una especie de guardia. Se habían despojado de sus abrigo, y los trajes masculinos no ocultaban demasiado bien sus femeninas formas.

Clive encendió un cigarrillo, mientras las examinaba pulgada a pulgada. E iba a preguntarles ya qué llevaban bajo aquellas prendas masculinas cuando la puerta se abrió de nuevo, y entró la muchacha de la «Luger».

Claro que ahora había cambiado mucho.

No parecía la misma.

Llevaba el típico vestido chino, ajustado al cuerpo y abierto por un costado, sin ninguna clase de cinturón. Un collar de perlas auténticas colgaba de su cuello. Se había puesto unas medias que entonaban perfectamente con el vestido, y calzaba zapatos occidentales de tacón alto.

Clive quedó clavado en la silla.

—¿No te levantas cuando entra una dama? —preguntó ella, en perfecto inglés.

—Lo hago para no caerme, preciosa. Si me pongo de pie, no resisto.

Ella hizo una seña a las otras dos. Estas se alejaron inmediatamente, pero una retornó apenas diez segundos más tarde empujando un carrito donde humeaba un servicio de té.

—Lo tenéis todo muy bien dispuesto —susurró Clive.

—Procuro ser una mujer útil.

—Aunque no prepararas el té serías una mujer útil —susurró Clive—. Lo serías aunque te pasaras toda la vida así, con las piernas cruzadas, sin hacer otra cosa.

Ella sonrió levemente. Preparaba el té con la distinción de una auténtica dama. Clive sabía que no todo el mundo puede hacer una cosa que parece tan sencilla, y que en realidad está sujeta a una especie de ceremonial. Solo una mujer distinguida podía preparar el té de aquel modo, sin incurrir en un solo error.

Ella le tendió una taza.

—Creo que habré acertado con tu gusto —dijo—. Bastante cargado y con muy poco azúcar.

—Si te miro a ti, lo mismo me da beber té que ácido sulfúrico — susurró Clive—. Y ahora, ¿podemos hablar de cosas serias?

—¿Qué cosas serias?

—Por ejemplo, me gustaría saber por qué me habéis salvado.

—No me gustaba nada saber que ibas a morir. Aquellos tipos hubiesen acabado contigo.

—Lo imaginaba, pero, ¿por qué has intervenido?

—Es largo de explicar.

Clive apretó los labios, y de repente hizo algo muy extraño.

Dejó la taza de té mientras alargaba la mano derecha. Aquella mano amplió audazmente la abertura de la falda. De pronto quedó quieta.

Con los ojos entrecerrados, Clive miró el lunar allí donde terminaba la media. No hizo un solo gesto más.

La muchacha le retiró la mano lentamente, suavemente, mientras le miraba con fijeza.

CAPÍTULO VI

—Me había parecido reconocerte al entrar tú aquí —murmuró Clive—, pero a primera vista era tan increíble que no acertaba a creerlo. Ha sido al verte preparar el té como una auténtica dama cuando mis sospechas se han acentuado. Y ahora ya no tengo ninguna duda.

Añadió roncamente:

—Tú eres Silvia, la mujer con la que tenía que encontrarse Morgan. Tú eres la princesa china.

Ella movió la cabeza lentamente. Sus ojos inexpresivos eran un misterio sin fondo.

—Te lo hubiera dicho de todos modos —susurró.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible lo que ocurrió?

—Sospechaba que iban a matarme, y una de mis amigas se sacrificó por mí.

—No lo entiendo. ¿Podemos empezar por el principio?

—Claro que sí —dijo ella, echando un poco la cabeza para atrás, como si concentrara sus recuerdos—. Supongo que Morgan te dijo de qué se trataba.

—Sí. Tú ibas a organizar nuestra red de espionaje en Oriente. Eres una de las últimas descendientes de la vieja familia imperial china.

—Justo. Y llegué a Estados Unidos porque quería conocer esto antes de trabajar para vosotros. Pero, desgraciadamente, mi llegada no pasó inadvertida para un grupo enemigo.

—¿Qué grupo enemigo?

—Los rusos.

Clive Murdock quedó petrificado durante algunos instantes. Ciertamente, aquello no lo esperaba.

—No veo la explicación —susurró.

—Los rusos estaban al corriente de todo por medio de su servicio de información en Bangkok. Supongo que el asunto no se llevó con la necesaria discreción por parte de los agentes del CIA; el caso fue que en Moscú lo supieron. A los servicios secretos rusos no les interesa una red de espionaje americana en China.

—¿Por qué? ¿Acaso porque son amigos?

—No es precisamente por eso, sino por todo lo contrario. Porque están a punto de ser enemigos. Pekín ha extremado una política violenta, acusando a los rusos poco menos que de imperialistas y de siervos del oro americano. Ello no es cierto, porque lo único que ha

hecho Moscú ha sido mantenerse en una línea mucho más moderada que Pekín; y como le interesa que el ligamen entre las dos grandes naciones comunistas no se rompa, están continuamente haciendo, gestos de buena voluntad hacia los chinos.

—Lo comprendo —dijo Clive—, aunque solo en parte.

—Una buena prueba de que no están a favor de los yanquis, es hacer desaparecer con sus propios medios la red de espionaje que Norteamérica se disponía a introducir en China.

Clive sintió un escalofrío.

Aquello era demasiado diabólico y al mismo tiempo demasiado elevado. Cuando se trata de una cuestión de política internacional, las personas no cuentan. Son como insectos a los que se puede aplastar si estorban. La muchacha quemada viva, ¿había sido simplemente un insecto aplastado por los rusos?

Silvia continuó:

—Pekín recelaba de mí, y ahora los rusos tienen pruebas. Por ejemplo, las fotos robadas en el despacho de Morgan, cuando lo asesinaron. Todas llevan detrás el sello del Departamento de Estado y la inscripción «Top Secret». Una acusación tan clara que a los chinos no les quedará ninguna duda, en cuanto las vean. Y al saber que he sido eliminada —porque la noticia de mi muerte ya se ha «filtrado» y la publican todos los periódicos de la noche— se darán cuenta de que Rusia, verdaderamente, ha tenido un gesto de buena voluntad. La muerte de una sola mujer puede unir en un estrecho bloque a ochocientos millones de habitantes, dispuestos a luchar juntos bajo una misma bandera. Como ves, el asunto tiene la mayor importancia.

Sí, Clive lo veía. Tanta importancia tenía aquello, que había llegado a sentir una especie de vértigo.

Susurró:

—Imagino una cosa, Silvia. Imagino que la noticia de tu muerte la has hecho llegar a los periódicos tú.

—Así es, lo reconozco. Quiero que los rusos crean que estoy bien muerta.

—Con ello das facilidades para que se realicen tus planes. Tienen las pruebas de que tú eres una espía y tienen las pruebas de que te han matado para favorecer a China. ¿Qué más quieren?

—Yo debo velar por mí seguridad —susurró ella—. Convencerles de mi muerte es una medida elemental.

—Lo comprendo. ¿Y quién era la muchacha que ocupó tu lugar?

—Una fiel amiga que además se parecía mucho a mí. En el primer momento, y como vosotros no estáis acostumbrados a las facciones orientales, te pareció yo misma. No llegaste a ver que le faltaba el lunar,

por supuesto. Ella se había prestado a sustituirme en los primeros momentos porque sabía que se preparaba algo contra mí.

—Y tanto que se preparaba...

—Nunca hubiera supuesto... —la voz de Silvia tembló—. Nunca hubiera supuesto una cosa tan horrible.

—En los servicios secretos no hay piedad —musitó Clive—. Son lo más sórdido y miserable que existe. Su única ley es la muerte. Y eso lo digo por todos. Pero hay algo más. Los que asesinaron a Morgan eran chinos, y los que han intentado acabar conmigo hace poco también lo eran. ¿Por qué?

—Son chinos al servicio de los rusos. Hay muchos así, y suelen emplearlos para crear confusión.

—Comprendo.

—La situación no es alegre ahora, lo reconozco —musitó ella, mientras cruzaba y descruzaba las piernas nerviosamente—, pero yo al menos estoy viva y puedo seguir con el plan trazado. Han muerto un amigo tuyo y una amiga mía. ¿Qué más da? Hay que olvidarse de eso.

—Hay una dificultad. Los chinos saben ahora que estás a nuestro servicio.

—No lo saben —mientras decía esto, ella rio quedamente—. No lo saben aún por la sencilla razón de que no ha habido tiempo. Si en los Estados Unidos hubiera una representación diplomática de la China comunista, las fotos con vuestros malditos sellos encima ya estarían en su poder.

Pero la única representación que hay aquí es la de Taipeh, o sea, la China nacionalista. Los rusos necesitan sacar esas fotos por valija diplomática, y desde Moscú reexpedirlas a Pekín. En estos momentos aún no habrán podido sacarlas del país.

—¿Cómo evitar que lo hagan? No podemos sitiar y asaltar la Embajada rusa en Washington.

Ella volvió a reír quedamente.

—No soy tan tonta —susurró—. Durante años, mientras me preparaba para servirlos a vosotros, me he dedicado a conocer a muchísima gente. Bangkok es un sitio ideal para esto, porque todos los espías acaban pasando por allí, y creyéndose seguros se confían. Si bien los rasos me conocían a mí, yo también he acabado por conocerlos a ellos.

—¿Qué quieres decir?

Ella se puso en pie y dio unos pasos por la habitación. Era mucho más bonita que en las fotografías, qué diablos. La abertura de su falda se hacía más ancha o más estrecha según los movimientos de la pierna torneada y larga. Aquello llegaba a ser obsesionante para Clive

Murdock. En este momento estaba dispuesto a olvidarse de los muertos, de los peligros, de cualquier cosa, con tal de tener en sus brazos a aquella mujer.

Pero ella parecía no notarlo. En aquel cuerpo maravilloso se encerraba una inteligencia fría y clara.

—En estos momentos es preciso pensar solo en el deber —susurró—. Conozco los nombres y direcciones de los espías rusos que pueden haber hecho eso. Toda la red de Nueva York.

Clive se puso en pie de un brinco.

—¿Sabes lo que eso significa?

—Significa que os he dado algunos quebraderos de cabeza, pero a cambio puedo empezar a seros útil.

—Lo que tú sabes, hay docenas de sabuesos que no han logrado averiguarlo ni con el trabajo de varios años.

—Quiero vengar a mi amiga —dijo ella roncamente—. Te entregaré esa lista.

—El asunto no es del FBI, sino del CIA —murmuró Clive.

—Me es indiferente quien haga el trabajo —murmuró ella—, con tal de que lo haga bien. Por ello, en este caso, impondré como condición el que intervengas tú.

—Yo también quiero vengar a Morgan —susurró Clive—. Tengo un deber moral.

Fue a descolgar el teléfono. Ella musitó:

—¿Qué vas a hacer?

—Llamar a mis jefes.

—Hay otra condición —dijo ella—. También quiero intervenir yo. Esto se ha transformado ya en un asunto personal. Quiero ir allí donde vayáis y ver todos los papeles de que logréis apoderaros. Tal como ha evolucionado la situación, necesito además estar bien informada.

—Por mí, conforme. Y estoy seguro de que mis jefes también accederán, si tú lo impones como condición. No tienen más remedio que aceptar.

—De acuerdo.

Fue a descolgar el teléfono de nuevo. Pero ella se lo impidió sujetándole suavemente la mano con que sostenía el auricular.

—No tan deprisa, Clive.

Estaba muy cerca, turbadoramente cerca.

Su piel perfumada casi rozaba los labios de Clive. Su cuerpo maravilloso casi se pegaba al suyo.

—¿Por qué? —musitó el hombre—. ¿Por qué hemos de esperar?

—Yo creí que también te interesaba... por esto.

Le besó suavemente en la comisura de los labios. Clive, a pesar de

toda su experiencia, sintió un estremecimiento.

—... Y por esto...

Las manos fueron hacia su cuello. Aquellas manos se unieron en una caricia suave, humilde, sabia.

—... Y por esto...

Se pegó materialmente a él. Su cuerpo ondulante se colgó del cuerpo cuadrado del hombre.

—¿Qué importan unas horas? —musitó ella—. Los que han hecho todo esto están confiados... Un trabajo tan siniestro como el que vamos a hacer, puede empezar... mañana.

Clive dejó caer el teléfono. No le preocupó ni poco ni mucho el que el auricular cayese dentro de la tetera.

Estrujó en sus brazos a la mujer, mientras la besaba en la boca.

—Yo esto solo lo hago por el lunar —musitó—. Cumpló con mi deber. He de convencerme de que es de verdad, ¿sabes?

—Es auténtico —suspiró ella—. No lograrás cambiarlo de sitio en toda la noche.

CAPÍTULO VII

La caza del hombre iba a organizarse en Nueva York y en Washington simultáneamente. Se organizaron dos «grupos de acción», cada uno de ellos formado por cuatro «G-Men» o «hombres del Gobierno», aunque todos ellos no eran en este caso más que simples pistoleros al servicio de la Ley. El grupo primero vigilaría dos residencias de Washington, en las que previamente habrían cortado toda comunicación telefónica, colocando al propio tiempo aparatos para captar toda posible comunicación por radio. Ese grupo esperaría al de Nueva York.

El de Nueva York, o grupo segundo, actuaría sin contemplaciones desde el primer momento. Los espías señalados por Silvia serían detenidos, y si intentaban resistirse se dispararía contra ellos. Clive y la muchacha fueron adscritos a ese grupo, que estaba formado exclusivamente por hombres del CIA.

El despliegue de fuerzas fue rápido, eficaz, silencioso.

A las nueve de la mañana, ya estaban los hombres apostados ante los tres edificios que había que ocupar en Nueva York.

Clive Murdock había pasado por muchas cosas en este mundo, pero nunca había participado en una típica acción de exterminio de los hombres del contraespionaje.

—Cuando la caza está lista, no hay que vacilar —había dicho el jefe del segundo grupo—. Usted no se impresione por lo que vea. Son gente peligrosa y mucho más dañina que los vulgares asesinos que usted está habituado a perseguir.

Clive creía asistir a los preparativos para una especie de función macabra.

Los hombres a quienes iban a detener no eran asesinos sanguinarios como los tipos contra los cuales él siempre luchó. Eran hombres en apariencia normales y con familia. Uno trabajaba en un Banco, otro en una oficina de seguros; el tercero era radiotécnico.

—Profesiones para servir de tapadera —masculló el jefe—. En realidad son cochinos espías a sueldo. A dos de ellos ya los teníamos controlados por sospechosos. Espere solo un poco y se convencerá.

La primera casa en la que debían penetrar estaba en un extremo de Brooklyn. Era una torrecita aislada, modesta, con jardín. Sobre el tejado se erguía una gran antena de televisión.

—Nuestros hombres son tontos —masculló el jefe del grupo.

—¿Por qué?

—Fíjese en esa antena de televisión. No es normal. En realidad oculta un poderoso aparato emisor de radio. Tenían que haberse dado cuenta en el primer momento.

Clive entendía lo suficiente de radio para advertir que aquello era verdad. Pero estaba tan a la vista que uno no se fijaba en ello precisamente por eso.

—Ahí tiene la mejor demostración de que su amiguita no nos ha engañado —murmuró el hombre del CIA—. Creo que podemos confiar enteramente en ella. Ya no hay duda de que el tipo que vive ahí es un espía.

Estaban detenidos en el costado derecho de la tranquila calle, simulando reparar una avería de la camioneta que les había conducido hasta allí. Dentro de la caja de vehículo había dos hombres con metralletas.

Otros dos simulaban arreglar una avería del cable de tendido telefónico.

Silvia llegaba a cierta distancia, fingiendo que caminaba distraídamente.

—¡Chist!

Un hombre de unos treinta años, alto y fuerte, había salido de la pequeña casa, atravesando el jardín. Vestía correctamente, pero tenía el aspecto un poco ajado de los que se pasan todo el día sentados en una oficina. Fue a penetrar en un automóvil ya pasado de moda.

—Ese es el empleado de banca —musitó el del CIA—. Se llama Vorolenko, y es un ruso nacionalizado. ¡Valiente pájaro! Pero si cree que va a seguir engañándonos está listo...

Se volvió de repente. En su mano derecha había aparecido una «Browning».

—¡Quieto, Vorolenko!

El hombre pareció sufrir una sacudida. Se volvió de repente. Vio entonces que otros dos hombres habían dejado de «reparar» la avería telefónica y le apuntaban también a unos doce pasos de distancia.

La expresión de perro acorralado que apareció en los ojos de aquel hombre fue patética. Clive no recordaba haber visto nunca una expresión así.

Pero Vorolenko había comprendido que ya era inútil disimular. Supo desde el primer momento que venían a por él. Intentó desesperadamente abrirse camino a balazos, y su mano derecha voló hacia la funda axilar.

No le dieron tiempo.

A pesar del grito de Clive para que no dispararan, tres balazos le

alcanzaron a la vez. Los del CIA estaban nerviosos. Vorolenko se dobló sobre sí mismo, hizo una trágica contorsión y cayó pesadamente a tierra, al borde mismo de su coche.

La puerta de su casa se había abierto bruscamente. Un niño de unos diez años, rubio, apareció en el umbral, llevando en la derecha una cartera de colegial. Sus ojos se dilataron de asombro y de horror al ver lo que había sucedido.

—¡Papá!

Su grito patético llenó la calle. Fue como un estampido en el corazón de Clive. Este sintió que le temblaban las rodillas.

—¿No le dejéis acercarse! —gritó el jefe del grupo—. ¡Puede entregar algo al pequeño!

Uno de los «G-Men» saltó hacia el niño. De pronto sintió que una mano parecida al gancho de una grúa lo levantaba por el codo y lo dejaba cómicamente sentado encima de la valla de la casa.

Clive había permitido, con eso, que el niño se acercara a su padre. Él fue el primero en llegar junto a Vorolenko, mientras uno de los agentes se quedaba de guardia y los otros entraban velozmente en la casa, seguidos por Silvia.

Vorolenko estaba pálido. Las balas le habían alcanzado mortalmente.

Clive acarició los cabellos del pequeño. Le hizo volver la cabeza.

—Anda, muchacho, estate quieto ahí... No mires. Vamos, sé buen chico.

Vorolenko tenía la mano derecha bajo la americana, como si fuese a sacar aún un arma. Pero Clive sabía que no era así. Sentía como un nudo en la garganta. Y no se sorprendió en absoluto cuando el otro extrajo simplemente un puñado de dólares.

—Yo... yo lo hacía simplemente... por dinero... —farfulló—. Era un medio de... Bueno, yo quería lo mejor para... para Nick. Ya ve que... hasta le he dado nombre americano al chico... En el fondo me sentía bien aquí, pero la vida es dura... Haga que... este dinero no se lo queden. El pequeño... los necesitará.

Clive tomó los billetes. Le pareció que estaban manchados de sangre. Su mano derecha tembló.

—Se lo prometo. Serán para él.

—Gracias, amigo. Ya me he dado cuenta de que usted no... no disparaba...

Dejó caer la cabeza a un lado y quedó espantosamente quieto. El pequeño lanzó un gemido.

—Entra en tu casa —susurró Clive—. Yo vendré a verte mañana, te lo prometo. Ni a ti ni a tu madre os harán nada. Anda, entra.

El pequeño obedeció. Parecía aplastado por el peso de lo ocurrido. Era como si aún no lo creyese, como si aún no se hubiera dado cuenta total de su tragedia. Entró lentamente en el jardín, tapándose la cara.

A Clive le costó ponerse en pie.

Otro coche que estaba al acecho había llegado. Era el coche de los técnicos, de los que revisarían palmo a palmo la casa. Otros dos hombres se hicieron cargo del cadáver, al que cargaron inmediatamente en la furgoneta que antes fingían reparar. Previamente fueron obtenidas unas cuantas placas de su rostro y de la posición en que había caído.

Clive tuvo que apoyarse en uno de los árboles que daban sombra a la calle. Otra vez volvía a sentir vértigo.

El jefe del grupo salió pesadamente.

—Bueno, ya están ahí los técnicos. Pero no harán mucha falta, porque ese pájaro lo tenía todo bien a la vista. Nos ha bastado abrir un secreter para encontrar papeles que lo hubieran enviado cien veces a la silla eléctrica. Debía pensar que nunca llegaríamos a sospechar de él.

—¿Dónde está Silvia? —musitó Clive con voz opaca.

—También lo revuelve todo. Usted ha dicho que le diéramos carta blanca, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Bueno, amigo —el otro le palmeó la espalda—. No hay que perder ni un minuto ahora. Hay que cazar dos pájaros más esta misma mañana, antes de que emprendan el vuelo. En marcha. El otro no está lejos de aquí.

Clive penetró en la furgoneta, donde ya había un muerto. Casi no sabía lo que le sucedía. Se dio cuenta de que rodaban a gran velocidad por las calles semidesiertas.

El otro también vivía en una torrecita apartada, y que se parecía sospechosamente a la de Vorolenko. Sabiendo a qué se dedicaba uno, se podía recelar automáticamente del otro.

Pero aquí los acontecimientos se habían precipitado. En un instante de distracción de los agentes que registraban la casa, quizá la mujer de Vorolenko había logrado telefonar.

El pájaro estaba avisado y a punto de volar.

Cuando la furgoneta llegó, el individuo corría desesperadamente hacia un coche estacionado a poca distancia. Solo al verlo, Clive comprendió que se trataba de un pobre hombre. Era de mediana edad y corría a saltitos aunque se notaba la desesperación en sus gestos. El del CIA masculló:

—Ese es el falso agente de seguros.

El conductor aceleró a fondo, para darle alcance. La calle, toda ella

de tranquilos chalets, estaba casi desierta.

—Dele el alto —pidió Clive—. No dispare.

—Naturalmente que no. Pienso capturarlo vivo.

Pero el espía parecía dispuesto a intentar la huida fuese como fuese. Aceleró su carrera al ver que la furgoneta se le echaba encima. Durante algunos segundos, el hombre y el vehículo corrieron casi paralelos.

Era una situación ridícula, casi grotesca, pero de un dramatismo que hacía erizar los cabellos de Clive Murdock.

Porque aquel no era más que un pobre tipo acorralado, un animal asustadizo que intentaba zafarse de la caza. El del CIA sacó su pistola.

—¡Detente, Cardigan!

El otro no hizo caso. Iba a llegar a un estrecho sendero lateral, tan estrecho que una camioneta no podría pasar por él. Más allá estaban las vías del ferrocarril, tras la que tal vez consiguiera ocultarse.

—¡Detente o tiro!

Clive fue a saltar de la cabina. Se daba cuenta de que lo matarían si él no lograba inmovilizarlo a tiempo.

En aquel momento el del contraespionaje hizo dos disparos.

Sin duda había querido tirar a las piernas, pero el fugitivo acababa de hacer un extraño movimiento. La primera de las balas penetró por su espalda, hasta el fondo de la columna vertebral. La segunda sí que le alcanzó en las piernas.

La furgoneta frenó bruscamente, con un bestial aullido de neumáticos. En aquel momento otro coche del CIA llegaba ya a gran velocidad por el lado opuesto de la calle. Los dos vehículos estuvieron a punto de chocar.

Varias figuras armadas convergieron hacia la figura pequeña y arrugada que se desangraba encima del asfalto.

Clive fue el primero en llegar, porque era también el más ágil. Giró la cabeza del caído, y una expresión de desesperanza se reflejó en sus ojos.

Con aquel hombre nada había que hacer ya. La bala, empotrada en su médula, le mataría de un momento a otro.

El que había disparado llegó al instante.

—¿Qué? —preguntó.

—Va a morir.

—Bueno, son gajes del oficio. ¡Pronto, a la casa! ¡Puede haber algo en ella y es capaz de haberlo incendiado antes de huir!

Era verdad. Los temores del agente del CIA no resultaron infundados. En la chimenea del pequeño chalet ardía una pila de papeles, algunos de los cuales ya estaban destruidos. Los agentes los sacaron a zarpazos, abrasándose los dedos, y luego los pisotearon

fúriosamente para apagar las llamas. Todos jadeaban y resoplaban como bisontes después de una larga carrera.

—¿Lo ve, Murdock? —masculló el autor de los disparos—. ¡Ya se lo decía yo! ¡Con esta gente no se puede confiar uno ni un instante! ¡Pero ya sacaremos algo!

Clive se irguió, con los ojos vidriosos. De una de las habitaciones contiguas llegaban gemidos apagados. El joven se dirigió hacia allí como un sonámbulo.

Una mujer todavía joven trataba de levantarse del lecho. Sus facciones eran delicadas, blancas, y su expresión resultaba patética. Pero más patético resultaba aún el gesto de desesperación con que trataba de colgarse de sus muletas, porque aquella mujer era paralítica. Clive tuvo que tender los brazos para evitar que cayese a tierra. La recogió en ellos.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué han hecho con mi marido? ¿Qué han hecho?

La pregunta se transformó en un aullido inhumano:

—*¿Qué han hecho, canallas?*

La paralítica se había dado cuenta, demasiado tarde, de lo ocurrido en torno suyo. Se puso a aullar, gemir, y a tratar de morder a Clive mientras se colgaba materialmente de sus brazos, porque las piernas no podían sostenerla. Clive se mantenía quieto, sin tratar de defenderse. Una de sus manos empezó a sangrar cuando los dientes de la enferma se hincaron salvajemente en ella.

La puerta retumbó cuando chocó contra ella el corpachón de uno de nos hombres del CIA.

—¡Atícele, Murdock! ¡Atícele de una vez, maldita sea! ¿No ve que sufre un ataque de histeria?

Clive movió la mano derecha mecánicamente, sin hacer fuerza, y la dejó caer sobre la nuca de la mujer. Esta quedó flácida, inerte en sus brazos, con un último gemido petrificado en su boca abierta.

Clive la depositó blandamente en el lecho. Sus manos temblaban.

El del CIA lanzó un suspiro desde la puerta.

—Bueno, así está mejor. Luego le inyectaremos un calmante.

Clive Murdock quedó apoyado en la pared. Imaginaba la situación, la historia, sin que nadie se la contase. La esposa que sufre un ataque y queda paralítica; los gastos que crecen y crecen en espiral, hasta hacerse insoportables; un agente de seguros es un profesional libre y no goza de ciertas ventajas sociales; llega un momento en que no puede hacer frente a todo eso; entonces llega la oferta tentadora, insidiosa. Una pequeña suma, por ejemplo quinientos dólares, por entregar ciertos documentos a un presunto cliente. ¿Quién puede dudar de un agente de

seguros, por muchas visitas que haga?

Luego viene la póliza falsa para poder proveer de documentación provisional a un agente que, de momento, no puede tener otra. Al fin, las transferencias de fondos por medio de la Compañía, para que nadie sospeche. Y por fin, el espionaje puro y simple. La situación está salvada para el en otro tiempo pobre agente de seguros. ¿Salvada?

Clive vio, a través de la ventana, cómo dos hombres retiraban el cadáver del centro de la calle y se disponían a entrarlo en la casa.

Oyó una voz que le pareció llegar desde muy lejos.

—¿Qué le sucede, Clive?

El federal volvió la cabeza. Vio al jefe del segundo grupo que le miraba desde la puerta.

—Nada... Pero me parece que no voy a participar en la tercera detención.

—Siento haber matado a esos dos hombres; no era mi intención. Pero ustedes también matan.

—Desde luego.

—La diferencia está en que estos no parecen asesinos —murmuró el del CIA— y efectivamente no lo son. Son tipos vulgares como cualquiera de los que toman el «bus» cada mañana para ir al trabajo, y ahí radica su peligro precisamente. Nuestro país podría estar lleno de hormigas así, que un día podrían dar al enemigo los datos para un ataque atómico. Lo siento, Clive, pero todo esto ha sido necesario.

Clive asintió débilmente.

Acababa de entrar en un mundo siniestro, mucho más siniestro que el de los asesinos y el de los locos, porque estos casi nunca merecían compasión, y en cambio sí que la merecían los hombres a quienes acababa de ver morir.

—¿Viene, Murdock? —preguntó el del CIA—. Aún hemos de cazar a una liebre aquí, y luego hay que volar a Washington. Los del grupo primero están vigilando a los dos espías de la capital.

—No voy —susurró Murdock—. Creo... que voy a reflexionar.

Al salir al vestíbulo, vio ya a Silvia examinando los papeles sacados del fuego. Los agentes del CIA los fotografiaban con velocidad frenética, y ella hacía lo mismo.

Formaba ya parte de la organización, era una pieza más del gigantesco engranaje del espionaje y el contraespionaje norteamericano.

Ella giró un momento la cabeza para mirarle.

—Pareces muy preocupado, Clive.

—Quizá lo esté —dijo él roncamente.

Salió de la casa. En la calle, antes tan tranquila, se habían

congregado unos cuantos curiosos, a los que la policía mantenía a raya.

Clive fue a su apartamento, se preparó un *whisky* doble y lo bebió de un trago. Era un remedio digno de un caballo, pero el alcohol no le afectó. Solo consiguió hacerle olvidar un poco.

Extrajo el montón de billetes que le había dado Vorolenko y lo depositó sobre la mesa. Era dinero del Gobierno, era dinero que procedía del espionaje. Pero maldito si Clive pensaba devolverlo a las arcas del Tío Sam. Vorolenko había dejado un hijo, y aquel hijo era inocente y tenía derecho a vivir. Lo ingresaría en una caja de ahorros, a su nombre, y le entregaría el resguardo un par de días más tarde.

Llegó a perder la noción del tiempo. Se preparó otro *whisky* y lo bebió de un solo trago también. La presencia del dinero allí, sobre su mesa, parecía obsesionarle.

El timbre del teléfono, que había conectado de nuevo al entrar, parecía sonar dentro de su cabeza.

Era Washington.

—Le felicito, Clive —la voz de uno de sus jefes sonaba alegremente—. Por una vez siento deseos de abrazarle en lugar de pedir que le condenen a muerte. Gracias a usted se han aclarado los misterios que rodeaban a esa muchacha china, a Silvia, y los informes de esta han resultado exactos. Los pájaros de Washington han sido cazados también, ¿sabe? Ellos no estaban sobre aviso y solo uno ha tratado de defenderse, hiriendo a uno de nuestros agentes, por lo que ha habido que liquidarlo a tiros. Toda una red del espionaje soviético en la costa del Atlántico ha sido deshecha, pero no es eso lo más importante. La información obtenida me parece sensacional. ¡Tenían en su poder secretos inexplicables, esos buitres! ¡Menuda faena podían habernos hecho! ¡Eh, Clive! ¿Me oye?

—Sí, señor. Le oigo.

—Queremos que esa mujer, Silvia, siga un curso especial de preparación y conozca a todos los elementos de nuestra red de Oriente. ¡Se trata de un elemento de primera clase! Hace unas horas, cuando usted nos lo contó todo, me pareció algo así como el cuento de Caperucita Roja. ¡Pero ha resultado cierto, diablos! ¡Y qué éxito, amigo! ¡Qué éxito!

Clive dijo con voz ronca:

—Sí, señor. Un exitazo.

—¿Cuándo va a darse una vuelta por Washington, Clive?

—Cuando usted mande, señor.

—Yo... ¡Ejem!... Ya sabe que el tenerlo en Nueva York era una especie de destierro. Usted nos resultaba molesto en Washington. No obedece las órdenes, siempre tiene líos... Pero ahora se ha rehabilitado,

amigo. Venga cuando quiera. Mejor dicho, preséntese aquí mañana. Le recibiremos con los brazos abiertos.

—¿Es una orden, señor?

—Lo es. Pero además le notifico que me complacerá verle.

—Gracias, señor. Mañana estaré en Washington.

Colgó.

Sus ojos opacos miraron hacia la puerta, donde acababa de recortarse una figura de mujer.

Al quitarse el abrigo de entretiempo había aparecido el vestido ceñido, con la falda abierta hasta media pierna. Había aparecido la visión sugestiva del pequeño lunar en aquella zona enloquecedora donde terminaba la media. Habían aparecido los labios rojos, la expresión enigmática, los ojos profundos y misteriosos de Silvia.

Ella cerró a su espalda.

—Clive...

Su voz era pastosa, lenta.

—Has vuelto muy pronto de Washington —dijo él, en tanto temblaban sus dedos.

—Avión especial. Unos hermosos cazas a reacción con los que despegas y ya has llegado.

—¿Buena caza?

—Excelente.

—Me acaban de telefonar desde Washington —dijo Clive—. Has prestado un magnífico servicio a mi país.

—Es el país del cual cobro hace bastantes años, sin que hasta ahora hubiese servido para gran cosa. Es la primera vez que justifico mi sueldo.

Avanzó lentamente hacia él. Clive no conseguía apartar los ojos de la abertura de la falda.

—Tengo que conocer a todos los jefes del sector de Oriente —explicó ella, mientras se detenía junto al borde de la mesa.

—También me lo han dicho desde Washington.

—He pedido como un favor especial que me acompañes tú —musitó Silvia—. El primer hombre a quién he de conocer es Torrington.

—Torrington es amigo mío. Estuvo en el FBI antes de ser adscrito a los servicios de espionaje.

—Razón de más para que me acompañes, Clive.

El alzó la mirada. Tropezó con los ojos enigmáticos, quietos, profundos, de Silvia.

—¿Por qué has pedido que te acompañara yo?

—¿No lo adivinas?

—No —dijo suavemente él.

—Pareces muy preocupado... ¿Sabes que las mujeres chinas tenemos un fácil remedio para eso?

—¿En qué consiste?

—¿No lo adivinas? —preguntó ella por segunda vez.

—No —dijo él también.

—Entonces tendré que demostrártelo —dijo Silvia—. Una lección vale la pena.

Y se acercó lentamente.

CAPÍTULO VIII

Torrington vivía en una casa más bien modesta del Bronx, cerca del Yankee Stadium y, por tanto, cerca también del río Hudson. La placa que había en su puerta indicaba que se dedicaba a la profesión de abogado, pero allí apenas recibía a nadie. Tenía un despacho en Manhattan, en la calle Sesenta y Uno, cerca de Park Avenue, por dónde desfilaban sus clientes, casi todos gente de pocos medios. No podía decirse que Torrington fuera un abogado próspero.

Y, sin embargo, ganaba muchísimo dinero por caminos que la gente ignoraba. Todos sus vecinos hubiesen quedado petrificados encaso de saber que aquel hombre afable, de apariencia más bien modesta, dirigía una de las mayores redes de espionaje del mundo, y que docenas de hombres situados en los países de Oriente, morían y mataban obedeciendo tan solo una palabra suya.

Se hubieran sorprendido también caso de saber que Stucker, su pasante, aquel hombre que vivía con él porque no tenía familia, y que resultaba digno de lástima a causa de su cojera, era un cojo más falso que Judas, porque podía correr los cien metros libres en diez segundos y tres décimas, a menos de cuatro décimas de segundo del récord mundial absoluto. Que era maestro de judo, profesor de karate y uno de los mejores tiradores de pistola que había en los Estados Unidos.

En estos momentos Torrington descifraba un mensaje por medio de un diccionario de una antiquísima edición, y de la cual no había más que otro ejemplar en el país. Otro ejemplar que precisamente estaba en la biblioteca particular del presidente de Estados Unidos.

Stucker se acercó a él. Allí dentro no necesitaba fingir cojera, y se movía con la rapidez de un gamo.

—¿Das con la clave, Bob?

Llamaba Bob a su jefe, Torrington, por el nombre de pila, pues habían corrido muchas aventuras juntos y eran íntimos amigos.

—Estoy a punto de comprenderlo. Pero me temo que el mensaje contenga errores, porque está hecho demasiado aprisa. Es el último mensaje de un hombre que murió en Kuantung.

Aquello no produjo ni un leve fruncimiento de labios en el rostro impenetrable de Stucker.

—¿Es cierto que viajaremos otra vez a Hong Kong, Bob?

—Sí. Como de costumbre, diré que voy a resolver un asunto en Los Ángeles, y tú me acompañarás. Desde Hong Kong, con falsa

documentación de comerciantes, hemos de intentar penetrar una vez más en China. Las redes de la frontera con Manchuria se están debilitando, después de la captura de Leyland y Manchester.

—Aquello se vuelve cada vez más peligroso.

—Tanto, que es posible que el Gobierno nos traslade a San Francisco. En realidad, la red oriental de espionaje debiera estar dirigida desde la costa del Pacífico, pero la han situado aquí para llamar menos la atención —encendió un cigarrillo—. Pero la lucha se está haciendo tan áspera que es posible que nos instalen allí para reforzar más las bases.

Se puso en pie.

—Menos mal que ahora tendremos un auxiliar valiosísimo. Una mujer china que vale por diez espías a la vez.

Se encaminó a su dormitorio, mientras Stucker recogía el diccionario y guardaba el mensaje cuidadosamente.

Torrington abrió su armario guardarropía. El dormitorio estaba más bien oscuro. De pronto, una tempestad silenciosa, pero terrible, pareció abatirse sobre él.

Todo sucedió con tanta velocidad que ni siquiera tuvo tiempo de lanzar un grito.

La figura humana que había estado oculta entre las sombras se movió con rapidez de pesadilla. Era como una torre de músculos, todos los cuales se hubieran disparado de pronto. Torrington se sintió levantado en vilo, y al instante una mano le tapó la boca y otra le golpeó en la nuca. Quedó aturdido en el suelo, pero aún con fuerzas suficientes para intentar sacar su pistola. Un golpe en la muñeca le hizo soltarla, con la sensación de que le habían roto varios huesos a la vez. Otro impacto en la nuca le obligó a caer de bruces, sin ver nada más que sombras.

—Quieto, amigo. Quieto o le hago astillas.

Stucker había aparecido en el umbral, empuñando una «Luger». Resultaba increíble el oído que tenía para captar el sonido anormal más insignificante. Y a aquella distancia, y con un arma de precisión, no podía fallar.

De pronto ocurrió algo asombroso, algo que a Stucker no le había sucedido jamás.

Una almohada voló al encuentro de su pistola antes de que pudiera darse cuenta de que su enemigo se movía. El taponazo del silenciador apenas resonó en la estancia. La almohada resultó atravesada, pero la bala se desvió lo suficiente entre el corcho que la rellenaba para no alcanzar a la sombra que se movía con tanta agilidad. La pistola también fue desviada al recibir el débil, pero certero impacto.

Unas décimas de segundo después, Stucker ya había sido cazado. Dos manos de acero lo sujetaron como garfios. Y aquellos garfios le aplastaron la cabeza contra las ropas de la cama.

Stucker intentó revolverse, en una agilísima presa, pero fue inútil. Su enemigo lo volteó en el aire, lanzó un gruñido y lo volvió a cazar. Stucker era como un muñeco en sus brazos de gigante. La cabeza le fue aplastada de nuevo contra las ropas, y un par de golpes en la nuca le dejaron sin sentido.

Inmediatamente, la sombra se volvió hacia Torrington. Un cordón le ligó las manos a la espalda.

Torrington se había recuperado en parte. Miraba con ojos desencajados al hombre que bruscamente se había transformado en su enemigo.

No podía creerlo.

—¿Qué haces aquí, Clive? —barbotó—. ¿Es que te has vuelto loco de repente?

Clive Murdock se enderezó un poco la americana, que se le había desajustado durante la lucha.

—Siento haber tenido que hacer esto, Torrington.

—¡Desátame!

—Lo lamento mucho, pero vas a estarte quieto y en esta posición al menos una hora.

—¡Estás loco!

—Sé de sobra que eres un cabezota y no tenía más medio de convencerte que este. Así sé que vas a obedecerme, te guste o no. Vas a hacer que otra persona ocupe tu puesto. ¿Qué otro hombre hay en la casa?

—Un criado. Es... de confianza.

—El dirá que es Torrington.

—¿A quién?

—Dentro de unos instantes vas a recibir una visita, ¿no?

—Sí, la muchacha china. Pero oye, Clive, ¿qué clase de locura es esta?

—No hagas preguntas ahora. No hay tiempo de darte explicaciones antes de que ella llegue. Que tu criado conteste de la forma más absurda que se le ocurra. Que dé direcciones absurdas de agentes en China. Y que diga que la clave del código secreto de comunicaciones no la puede dar hoy; que debe repasarla.

—Pero, ¿a qué viene todo esto?

—Luego te lo explicaré. Pero ahora vas a obedecerme a mí y vas a desobedecer las órdenes que te ha dado el Gobierno; soy yo quien manda, te guste o no. Por eso he tenido que atacarte.

—Yo nunca he desobedecido una orden, al contrario que tú —masculló Torrington.

—¿Por qué crees que me he molestado en atarte? Además, es un favor que te hago. Si me equivoco, podrás decir que te obligué a la fuerza, y las responsabilidades caerán sobre mí.

Stucker también se recobraba en aquel momento. Miró a Clive como un alucinado.

—Al disparar no estaba seguro de que fueras tú... —farfulló—. ¿Qué es esto?

—Obedécele —gruñó Torrington—. Ahora resulta que estamos en manos de este loco.

—Llama al criado —pidió Clive.

El «criado» no era tonto, ni mucho menos, porque en realidad figuraba en las nóminas secretas del Gobierno como un alto oficial de enlace. Inmediatamente se puso al corriente de lo que Clive le explicaba.

Luego miró dubitativamente a Torrington.

—Obedece —masculló este—. Conozco bien a Clive, y si una cosa se le ha metido entre ceja y ceja es capaz de apiolarnos a los tres.

—Tú, Stucker —ordenó Murdock—, vas a hacer tu papel habitual. Ella sabe que Torrington tiene un secretario que lo protege, y se extrañaría mucho en caso de no verlo. Pero no abras la boca. Limitate a contestar con monosílabos, como si no quisieras comprometerte.

—De acuerdo, Murdock. Pero si te equivocas te juro que...

—Si me equivoco dejaré que en la próxima lucha ganes tú, amigo. Y hasta que me rompas un brazo.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

—Ve a abrir —dijo Clive al criado—. Y mucho ojo con lo que haces; yo te vigilaré.

—De acuerdo.

Clive vio por la puerta cómo entraba Silvia. Y tuvo que reconocer, mal que le pesase, que estaba más hermosa que nunca.

★ ★ ★

Clive se movió enseguida con su característica rapidez. Cerró bien la puerta del dormitorio por dentro, saltó por una de las ventanas y desde ella señaló a Torrington el sitio por dónde había cortado el sistema de alarma. Torrington lanzó una maldición.

Pocos segundos después, Clive llamaba a la puerta principal de la misma casa y era recibido por el cada vez más asombrado Stucker.

—Perdona, Silvia —dijo, entrando con la mayor naturalidad—.

Quizá me he retrasado unos minutos.

—No tiene importancia. ¿Has podido poner ya esa conferencia?

—Sí. Me ha sabido mal dejar que te adelantases sola, pero era importante. Así he avisado ya al agente a quién conoceremos en Pittsburgh.

—Tú siempre piensas en todo, Clive.

—Sí, en todo.

Y se sentó tranquilamente junto a Silvia, dispuesto a oír los embustes que contaba el «criado», en realidad oficial de enlace.

Este estaba mareado, mirando las piernas cruzadas de Silvia. Necesitó beber *whisky* al menos cuatro veces.

CAPÍTULO IX

Cuando salieron de allí, ella dijo que tenía necesidad de beber algo fresco.

—Aquel hombre parecía un tonel de *whisky* —susurró—. No bebía ni te dejaba beber otra cosa. ¿Son así todos los agentes secretos en Oriente?

—Es que a este tú le has mareado.

—¿Podría tomar una limonada fría? Creo que la necesito.

Las luces azules y rojas de un *snack* tibiaban a poca distancia.

—Desde luego.

En la barra del bar no había más que un individuo a aquellas horas. Contempló a Silvia con ojos que parpadeaban y gritó:

—¡Qué tía!

—¿No sabe decir nada más fino? —preguntó ella, desafiándole con la mirada.

Y se sentó en un alto taburete, sin preocuparse de la posición de su falda. El individuo se irguió. Parecía hipnotizado por aquellas curvas.

—Oiga, nena, yo...

Clive dijo suavemente:

—¿Quiere un cigarrillo, amigo?

El otro vio el puño de hierro que le tendía la cajetilla. Notó aquellos ojos de acero que ya parecían estar mirando su cadáver.

—Gra... gracias —musitó, tomando uno con mano temblorosa—. A su salud.

Y salió con más velocidad que una rata.

—Se vive más tranquila en Bangkok —comentó Silvia—. Allí los hombres no son... bueno, no son tan especiales. ¿Me das un cigarrillo a mí también?

Fumaron mientras bebían en silencio. Unos instantes después estaban en el coche alquilado que había traído hasta allí a Silvia.

Ella se retrepó en el asiento. Sus labios pulposos y sensuales se movieron un momento como si acariciaran el aire.

Y fue entonces cuando ella dijo inesperadamente:

—Clive, me has engañado.

El federal sintió que se tensaban los músculos de su espalda. La verdad que en el primer momento no entendía aquello.

¿Podía ser tan lista Silvia? ¿Podía haberse dado cuenta de todo con tan fantástica rapidez?

—¿Engañado? —musitó.

—Sí. Ese hombre no era Torrington.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo había visto una foto de Torrington en Bangkok. Lo único que no había conseguido era hablar con él.

Clive Murdock sentía sus músculos tensos. Estaba sorprendido, pero no asustado. Puestas las cosas en aquel terreno, no le costaría nada inmovilizar a la mujer. Cuanto antes mejor.

Y fue en aquel momento cuando una cosa fría se posó en su nuca.

Una voz conocida susurró:

—No hará falta que se lo diga, amigo, pero esto es el cañón de una «Smith-Wesson» automática, último modelo, provista de silenciador. Dispara ocho balas en cuatro segundos, y dos de ellas bastan para volar, a esta distancia, su inteligente cabeza. De modo que habrá comprendido ya que le conviene estarse quieto.

Clive apretó los labios.

Era la voz del tipo del bar.

No tenía ninguna posibilidad de defenderse. El fulano había estado oculto en el asiento posterior, y ahora le clavaba materialmente el cañón en la nuca. Ni el movimiento más rápido del mundo podría esquivar el primer balazo.

—El encuentro no ha sido casual, ¿verdad? —susurró—. Ni tampoco tu repentina sed de algo fresco. Y supongo que la frase que le has dicho habrá sido una clave ya convenida.

Silvia sonrió.

Sus ojos, de pronto, habían dejado de ser misteriosos. Ahora reflejaban una decisión y una audacia sin límites; eran inhumanos y duros.

—Justo, hermanito —musitó.

Puso el motor en marcha, y el automóvil se deslizó silenciosamente por la calle oscura, doblando luego para ir en dirección al puente de Triboro. Cuando penetraron en Manhattan, Clive sintió que un sudor frío asomaba a sus sienes.

No tenía la menor posibilidad de escapar. Ella conducía suavemente y a poca velocidad, para no aturullarse en ningún momento. El tipo que iba atrás fingía haberse dormido con los codos apoyados en el respaldo delantero. No miraba nada, pero su pistola estaba apoyada en la oreja derecha de Clive, y no se movía ni una pulgada de allí.

Fueron hacia el Sur, hacia las zonas de Manhattan que están eternamente despobladas por la noche. Atravesaron Washington Square y penetraron en Greenwich Village, donde el ambiente estaba muy animado. Jóvenes melencidos, cubiertos con gruesos chaquetones

de cuero y montados en poderosas motos, charlaban en las esquinas con aspecto indiferente, y de pronto salían disparados en sus máquinas no se sabía dónde, como si una misma descarga eléctrica los hubiera puesto en movimiento.

El coche se detuvo ante un local sombrío y gris, de opacos cristales esmerilados. Clive no pudo evitar un estremecimiento al ver qué clase de sitio era aquel.

Se trataba de una funeraria.

Un letrado negro anunciaba: «Embalsamientos. Entierros. Transporte de cadáveres y honras fúnebres. Garantía y seriedad».

Clive masculló:

—Ahora ya no hay seriedad ni en los Bancos ni en las casas de Seguros, pero mal irá el mundo el día que no haya tampoco seriedad en las funerarias.

—¿Qué dices?

—Nada, preciosa. Era un pensamiento elevado de los que a mí también se me ocurren de vez en cuando.

—¿En qué pensabas?

—En tus caderas, chata.

—Dentro de poco quizá no pienses en nada... Vamos, baja. Y no olvides que ese amigo te estará apuntando con su pistola a menos de dos pasos.

Por si Clive no se había enterado, el otro le sujetó por el brazo, clavándole el cañón en los riñones. Entraron en la funeraria sin llamar la atención de nadie.

Un hombre grueso, pálido, les recibió con una sonrisa que parecía copiada de los primeros faraones de Egipto.

—Pueden pasar, señores. La ceremonia está a punto.

Clive hubiera dicho una docena de cosas acerca de la «ceremonia» que iba a tener lugar allí dentro, pero como nadie le había pedido su opinión hubo de callarse. El cañón de la pistola le empujó hacia el interior, ahora sin disimulos.

Atravesaron una sala-velatorio que estaba vacía, y luego otra con varias mesas de mármol que recordaba a una sala de autopsias. Y así era efectivamente. Allí se daba un aspecto presentable a los «clientes» que llegaban a la tienda, con muy poco entusiasmo por cierto.

Luego pasaron a una tercera sala. Esta era muy grande. Tenía un extraño aspecto de gimnasio vacío.

Del techo colgaban dos finas cadenas terminadas en unas argollas pequeñísimas, y que sin duda, podían hacerse más pequeñas aún gracias a un mecanismo para graduarlas.

Había dos mujeres en la sala. Las dos parecían haber estado

practicando el judo hasta aquel momento sobre una colchoneta. Vestían un bikini, con la particularidad de que este constaba de una sola pieza. Con la naturalidad de los pueblos orientales, que acostumbran a tomar el baño en común, los padres mezclados con los hijos, no parecían avergonzarse en absoluto de aquella casi total desnudez. Tampoco trataban de provocar a nadie con ella.

Estaban sudorosas, y sus formas opulentas, pero duras y firmes, se marcaban bajo la luz que parecía llegar desde todas partes, que parecía sumir aquello en una especie de clima espectral.

Silvia hizo una sola seña y las dos mujeres se acercaron a Clive. Venían una por cada lado.

Al federal no le gustaba pelear con chicas. Dejó que se acercaran sin intentar nada.

Una de ellas le quitó su revólver con un solo movimiento; la otra le despojó de su americana suavemente; acto seguido, la primera le privó de su cinturón.

Clive ya no tenía nada para defenderse. Fue entonces cuando se relajó un poco la vigilancia del que le apuntaba con la «Smith-Wesson».

Clive suspiró, apoyándose, con falsa relajación de sus músculos, en una de las paredes.

—Veo que lo has descubierto todo —dijo mirando a Silvia.

—Como antes tú habías descubierto lo mío.

—Te felicito por tu inteligencia —susurró él.

—Tú tampoco has sido tonto, que digamos. Y en realidad así debe ser, porque el espionaje se ha transformado ya en una lucha de cerebros más que de músculos. Lástima que tú estés al otro lado y no nos resultes aprovechable; serías un elemento de primera.

—Sí, es lástima —susurró él—. Sobre todo para mí.

—¿Cuándo empezaste a sospechar, Clive?

El seguía apoyado en la pared. En sus labios flotaba una triste sonrisa, porque se daba cuenta de cuál era su auténtica situación y no se hacía demasiadas ilusiones sobre el futuro.

—No había ningún motivo absoluto para sospechar —murmuró—, y, sin embargo, flotaban aquí y allá muchos motivos dispersos. En primer lugar, me llamó la atención que los que me capturaron la primera vez, al entrar yo en aquel teatrillo, fueran chinos, cuando según tú estaban al servicio de los rusos. La explicación que me diste podía ser creída, desde luego, pero dejaba un margen para la duda. Y yo no acabé de creerla del todo.

—Excelente costumbre. Sigue.

—Me extrañó a continuación que me salvaras con tanta facilidad, y que supieses qué ruta iban a seguir mis enemigos llevándome consigo.

Tampoco aquello era lógico, ni mucho menos, pero me dejó la sensación de algo preparado de antemano.

—Y lo estaba, en efecto. Hasta ahora vas muy bien, amor mío. Continúa.

—Entonces empecé a pensar en tu actitud y la verdad de que no vi delante de mí más que un rompecabezas. Pero las piezas encajaban en cuanto uno se sumergía de verdad en él. Recuerdo que después de atizarme varios whiskies me tendí en un diván, cara al techo, y traté de imaginar tu historia. En primer lugar, no cabía ninguna duda de que tú eras, efectivamente, Silvia. Tampoco cabía duda de que eras descendiente de la nobleza china y de que el Servicio Secreto americano te había estado pagando hasta poco antes.

—Todo esto es cierto —musitó ella.

—Viviendo en Bangkok, habías averiguado los nombres y direcciones de varios espías rusos —siguió diciendo Clive con voz impersonal—. Es verdad lo que tú misma dijiste: hasta los espías más hábiles cometen descuidos en ciudades donde creen que no están vigilados. Tu obligación era poner aquello en conocimiento del Servicio Secreto americano, pero fue entonces cuando debiste maquinar tu plan. Ya estaba aceptado tu viaje a Estados Unidos, y te dijiste que, con poco esfuerzo, podías ganar una fortuna.

—Sigue... —invitó ella con una estrecha sonrisa—. Hasta ahora no te has equivocado ni en una sola sílaba.

—Conocías a muchos compatriotas tuyos en este país —murmuró Clive— y con ellos formaste a toda prisa un grupo. Les prometiste dinero fácil y abundante; algunas de esas muchachas quizá eran ya auxiliares tuyas en Bangkok, y las trajiste contigo a manera de séquito personal. Bueno, ese punto no tiene demasiada importancia... El caso es que, cuando yo fui a recibirte, te había sustituido la mujer más parecida a ti que pudiste encontrar. También tenías razón en una cosa: nosotros no estamos acostumbrados a los rostros orientales, y en el primer momento todos nos parecen idénticos. Muy bien... Aquella pobre muchacha iba a morir de una forma horrible, pero ella no lo sabía.

—Supongo que me llamarás cruel por eso —musitó ella.

—Lo más suave que se me ocurre es llamarte hija de zorra.

Ella no se inmutó. Aquel insulto pareció resbalar por encima de su piel joven y tersa.

—Era un sacrificio necesario —susurró—. Formaba parte de mi plan; era esencial que aquello ocurriese.

—Otro motivo suelto que me hizo sospechar —murmuró Clive—. Solo tú sabías dónde iban a llevarte y lo que iba a ocurrir allí; por tanto

tú eras la persona que con más facilidad podía haber preparado aquello. Pero acusaste a los rusos, y en el primer momento lo creí. He de reconocer que tu explicación era bastante verosímil.

—Lo era, teniendo en cuenta la guerra secreta y sin piedad que hay entablada entre los servicios de espionaje.

—La explicación que me diste —continuó el federal— acusaba a los rusos de una manera directa. Diste cinco direcciones y cinco hombres fueron cazados; tres de ellos, pobres desdichados al fin, tuvieron que morir. Tú ganaste con ello la confianza del C.I.A. y al propio tiempo viste y fotografiaste los documentos secretos de aquellos espías, es decir, supiste en cinco minutos todo lo que los espías rusos habían averiguado en muchos meses. ¡Y todo gracias al sacrificio de una pobre muchacha! Ahora solo te faltaba hacer lo más sencillo; conocer a los hombres que dirigían el espionaje en Oriente y organizar tú misma una red en China. Hecho esto, solo te quedaba vender a Pekín dos cosas: primero, los nombres de todos los espías americanos en Oriente; segundo, todo lo que los rusos habían logrado espiar últimamente en Estados Unidos. ¿Cuánto dinero podía significar eso, Silvia?

—Más de lo que todos vosotros ganaréis en toda vuestra miserable vida. Una verdadera fortuna que me hubiera permitido, mejor dicho, que me permitirá retirarme para siempre.

—Entonces, ¿todas mis sospechas son ciertas?

—Absolutamente ciertas.

—¿Y los rusos no habían organizado nada ni eran responsables de ninguna muerte?

—Absolutamente de ninguna.

—Entonces solo me falta saber ya una cosa, tú no estás a sueldo del Gobierno chino; no estás a sueldo de nadie, excepto de los Servicios Secretos americanos, que te han pagado hasta ahora por pura estupidez. Trabajas para ti misma, para tu provecho personal. No eres más que una asesina a sueldo, pero a escala internacional.

—Si crees que con eso me insultas, te has equivocado. Hace falta ser muy listo para ser lo que yo soy.

—Y no tener escrúpulos.

—Los escrúpulos... ¡Qué cosa tan anticuada! ¿Para qué sirven?

Clive sonrió sarcásticamente.

—Todo esto me hace suponer que tu decisión con respecto a mí está ya tomada —dijo con voz helada—. Yo soy el único que sabe tantas cosas y aún no he podido contarlas a nadie. Me tienes aquí, a tu disposición. La única salida lógica consiste en matarme.

—Sigues siendo el hombre más listo que he conocido, cariño. Lástima que los demás no sean como tú.

—Has hecho matar a una muchacha inocente y has hecho matar a Morgan para montar tu falsa historia —susurró él—. También han muerto tres espías que eran en realidad unos pobres individuos a los que se hubiera podido castigar con unos años de cárcel. Ahora moriré yo. Pero hay otros hombres que son más listos que Clive Murdock, cariño. Otros hombres que seguirán mi camino y que me vengarán. No irás mucho más lejos, aunque creas estar ya al final del camino.

Ella avanzó unos pasos a un lado, luego giró hacia el otro. La abertura de su falda trazaba un suave vaivén. Era una auténtica belleza y toda su figura destilaba elegancia, distinción, sensualidad. No cabía duda de que era una auténtica princesa china. Solo los que han nacido en cuna de primera clase tienen esa elegancia innata. Pero, ¿de qué le servía todo eso? ¿De qué servía la belleza de su rostro, si en él brillaban ahora unos ojos de tigresa?

Ella se volvió de pronto. Y aquellos ojos se clavaron en Clive.

—Lo curioso es que yo te amaba —confesó con suavidad—. Lo curioso es que te amo todavía.

—No digas estupideces.

—¿Crees que ahora necesito mentir? —se acercó de pronto, rozando casi el cuerpo de Clive con sus formas opulentas. Luego sus ojos adquirieron una súbita, una inexplicable ternura—. No, ya no necesito mentir. Puedo decir la verdad, aunque esa verdad sea inútil. Creo que te quiero desde el primer momento en que te vi. Y te juro que me hubiera gustado que las cosas sucediesen de otro modo. Nuestros instantes de amor, cuando tú y yo hemos estado a solas, los recordaré como los más felices de mi vida.

—Siento no poder acompañarte en esos recuerdos, nena. Cuando era pequeño, me enseñaron que en el más allá se piensa en otras cosas.

—El más allá... —dijo pensativamente ella—. Cierto, ese es tu sitio, Clive, y no me duele enviarte allí. Los orientales mezclamos curiosamente el placer con el castigo. El placer nos resulta mucho más intenso si va acompañado del sufrimiento del ser que nos lo proporciona. Por eso yo voy a matarte de una forma muy curiosa. Y además muy útil.

—¿Qué quieres decir?

—Por descontado, descuartizaremos tu cuerpo luego —explicó—, para que nadie te identifique. Pero lo peor es la cabeza. Y se me ha ocurrido algo que hará que nadie pueda reconocerte. Mejor dicho, se les ocurrió a mis ya antiguos antepasados, los ilustres mandarines chinos.

Clive tenía todos los nervios en tensión, pero no quería demostrarlo. Logró que su voz sonase burlona al preguntar:

—¿Algún invento de los de tu raza?

—Sí. Ya lo verás. ¿Para qué perder el tiempo asustándote antes de que llegue la hora? Supongo que lo mejor será que empleemos ese tiempo en despedirnos, Clive.

Fue ella la que le besó. Fue ella la que adelantó sus labios gruesos, sensuales, ávidos y expertos. Clive Murdock, que la odiaba con toda su alma, se sintió, sin embargo, prisionero de aquella especie de embrujo. Era como un efluvio mágico y maldito a la vez lo que emanaba el cuerpo de aquella mujer. Y se encontró besándola él también sin darse cuenta, y se encontró acariciando su cuerpo como si realmente lo amase, cuando era el odio lo que les unía a los dos. O quizá el amor...

Pero un amor maldito.

Ella se apartó de pronto. Sus pasos suaves y felinos la llevaron hasta unas yardas de distancia de Clive.

—¿Quieres descalzarte tú mismo o quieres que lo hagan ellas? —susurró.

Señalaba a las dos atletas que les estaban mirando. Sus rostros impasibles eran como dos máscaras.

Clive rio.

—Las dos son preciosas —dijo—, pero no me gusta que las mujeres me ayuden en esas cosas. Yo no les hago perder el tiempo de ese modo.

—Entonces descázate —enseguida miró al hombre de la pistola—. Atención, muchacho. A veces los federales llevan pequeñas armas ocultas en los zapatos.

—Yo no soy tan científico —dijo Clive—. Desgraciadamente, no llevo nada.

Era verdad. Los zapatos y los calcetines fueron depositados junto a la pared.

Dos mujeres chinas más surgieron entonces por una puertecilla. También iban vestidas —o mejor dicho no vestidas— como las otras, y también se comportaban con la naturalidad de auténticas indígenas de la Polinesia. Las cuatro se lanzaron a la vez sobre Clive.

Este pensó, en el primer momento, que era un ataque muy agradable.

Pegara donde pegara, tenía premio seguro.

Pero cuando cada una de ellas le hizo una llave maestra, amenazando con derribarle, la cosa no le pareció tan buena. Resolvió defenderse, aunque solo fuera para retrasar su muerte.

Todo su cuerpo se contorsionó. Pareció como si sus brazos y piernas fueran los extremos de un huracán. Lanzó un gruñido y las cuatro chinas salieron despedidas por los aires, una tras otra. Daba la sensación de que no las había tocado siquiera, pero la más cercana fue a parar a cinco metros.

Ninguna de ellas pareció inmutarse.

Con impasibilidad oriental, se lanzaron al ataque de nuevo. Clive estuvo a punto de perder el equilibrio cuando una de ellas saltó a sus pies con la agilidad de una gata.

El joven inclinó el cuerpo, la sujetó por un pie y la volteó en décimas de segundo.

La muchacha rebrincó por los aires, saltó, chocó contra la que venía ya lanzada y las dos se desplomaron por tierra.

Pero otras dos ya estaban sobre Clive. Una de ellas le sujetó del brazo derecho, tirando hacia sí.

Clive refunfuñó:

—Que luego vas a tener que coserme tú la manga, nena...

Pero enseguida lanzó un gruñido de dolor. La segunda muchacha le había aplicado con todas sus fuerzas un rodillazo al bajo vientre. También ellas sabían, por lo visto, emplear tretas de lo más innoble. El joven no tuvo más remedio que encogerse, transido de dolor, y en ese momento el tipo de la pistola le propinó un culatazo en la nuca.

Clive se desplomó hacia delante. Era ya demasiado. Durante unos segundos vaciló, y eso fue bastante.

Dos de las muchachas le sujetaron los brazos por medio de terribles llaves, que amenazaban con romperle los huesos si él oponía resistencia. Las otras le levantaron por los aires.

Todo aquello podía resultar muy divertido para alguien que lo estuviera mirando, pero a Clive no le hizo ni pizca de gracia.

Notó que lo suspendían cabeza abajo. Sus pies fueron sujetos a las pequeñas argollas, pero no por los tobillos, sino por ambos dedos gruesos. Las argollas se ajustaban mediante un simple movimiento de tuerca. Es decir, el federal quedó colgado por solo dos dedos, que inmediatamente empezaron a dolerle como si tuviera clavados allí dos clavos al rojo. Todas sus extremidades parecían ir a descoyuntarse.

—No te preocupes, los dedos no se te romperán —dijo tenuemente Silvia—. Mis antepasados tenían mucha experiencia en eso, y sabían que un ser humano resiste muchísimo. Pero el dolor se acentúa si a uno se le hace... simplemente esto.

Empujó a Clive, de modo que el cuerpo de este oscilara al extremo de las cadenas como un péndulo o como un columpio. Aunque intentó evitarlo braceando, las cuatro muchachas a la vez le dieron un par de empujones más. La situación no solo se había transformado en algo miserable y que rebasaba toda crueldad, sino que el dolor que Clive sentía era ya insoportable.

Pero lo peor no había llegado aún.

De pronto una de las muchachas se alejó, para volver apenas un

minuto más tarde con una grande y extraña jaula de hierro, que tenía una puertecilla y al mismo tiempo una boca circular que podía hacerse más amplia o más estrecha.

Clive recordó de pronto. Sus pensamientos le trajeron una imagen espantosa.

Y estuvo a punto de lanzar un aullido.

Aquel suplicio era demasiado espantoso, demasiado inhumano. Y de pronto comprendió Clive por qué Silvia le había dicho que sus facciones no se reconocerían.

Pensó que no debía permitir que le ajustaran aquella jaula a la cabeza.

Como sus manos estaban libres, empujó con ellas a las dos muchachas que se acercaban, una por cada lado. Aun sin emplear más que una relativa violencia, las envió al otro lado del local. Ellas dieron, sin embargo, una fantástica vuelta de campana cada una y quedaron de pie, dispuestas a atacar de nuevo. No cabía duda de que eran unas auténticas y experimentadas atletas.

Entretanto, las otras dos muchachas actuaron velozmente. Ambas a la vez se colgaron de las piernas de Clive, aumentando con su peso el terrible dolor que ya soportaban los dedos del joven. Este solo pensó en sacarlas de allí, y tuvo que emplear sus manos en eso. Las dos orientales se pegaban a él como lapas, mientras lanzaban agudos chillidos para aumentar sus esfuerzos.

Las otras dos, que tenían la jaula ya preparada, aprovecharon bien el momento. Como Clive no podía defenderse contra todas a la vez, y el dolor, además, llegaba a agarrotarle, le introdujeron la cabeza dentro de la jaula. Esta era muy grande, de modo que la cabeza del joven solo ocupaba una parte de la misma. Tenía forma redonda y estaba formada por delgadas tiras de hierro entrelazado.

Un sistema de tuerca hizo que la abertura se ajustase perfectamente al cuello del federal, sin llegar a estrangularle. Un giro de llave, sin la cual aquella jaula no podía abrirse, culminó la obra. Ahora, aunque Clive tuviese las manos libres, nada podría hacer para arrancársela.

Las dos muchachas que estaban colgadas de él cesaron de atormentarle. En un momento saltaron a tierra.

Clive dominó su terrible dolor. Procuró que su rostro se mostrara impasible.

Ya que había llegado el momento de morir, soportaría con dignidad el suplicio.

Silvia le miraba fijamente. Ninguna expresión alteraba sus facciones, que parecían exactamente las de una máscara. Su terrible impasibilidad oriental llegaba a anonadar. Dio una seca palmada y dos

de las muchachas salieron a toda velocidad.

Ahora Clive no necesitaba explicaciones. Sabía paso a paso lo que iba a ocurrir.

Había leído relatos estremecedores sobre aquella clase de muerte. Pero nunca pudo imaginar que aquello fuese a ocurrirle a él. ¡A él, y en el mismísimo corazón de Nueva York!

Las dos muchachas regresaron. Traían un tubo metálico bien tapado, dentro del cual se oían terribles chillidos.

Eran unos chillidos que no solo destrozaban los nervios, sino que causaban una profunda náusea.

Silvia se acercó a él. Sus labios pulposos se despegaron para susurrar:

—Supongo que ya imaginarás lo que hay en ese tubo.

—Sí —murmuró Clive—. Una rata gigantesca, a la que se ha tenido una semana sin comer ni ver la luz, y que ya está enloquecida. Una auténtica rata rabiosa.

—Acertaste. Tú siempre aciertas, Clive... ¿Y sabes ya lo que vamos a hacer con ella?

—Abriréis esa puertecilla que hay en la jaula, y que se acopla exactamente a la boca del tubo metálico que traen esas dos preciosidades. La rata saltará chillando al interior de la jaula, y vosotras cerraréis la puertecilla. Entonces no habrá más que un siniestro duelo entre la rata y yo, un duelo que ya está decidido de antemano. La rata, loca de hambre, me irá devorando la cara. Empezará por las orejas, probablemente, o quizá por los labios. ¡Y yo no podré hacer nada! Mis manos no pasan por los intersticios de la jaula.

—¿Sabes cuánto tardarás en morir, Clive?

—Una hora, tal vez dos... si antes no he muerto de asco.

—No, tú no morirás de asco, Clive... Tú aguantarás, y eso hará el suplicio más excitante. Mis antepasados daban esa muerte a sus peores enemigos, como ejemplo para todo el mundo. Era algo estremecedor... Contigo aún resultará más largo, Clive... aunque yo personalmente lo sienta.

—Has dicho antes que no sientes placer si no es con el dolor de otro.

—Y añadiré que el amor y el odio van juntos, Clive. Pero no perdamos ya más tiempo. Vamos allá.

Hizo un gesto suave, enviándole un beso con la punta de los dedos.

—Adiós, amor. Nunca más volveré a ver tu rostro.

Una seña suya hizo que las dos muchachas se pusieran en movimiento otra vez. Una de ellas abrió la portezuela de la jaula, mientras la otra la inmovilizaba.

El extremo del tubo fue acoplado al hueco. Un movimiento de resorte hizo que la tapa se abriera con un chasquido.

Clive Murdock se había hecho el firme propósito de no mirar hacia allí. De no ver hasta el final los horribles dientes que habían de traerle la muerte.

Pero no pudo evitarlo. Fue un gesto instintivo de defensa lo que le hizo girar la cabeza. Entonces distinguió aquellos ojillos brillantes y aquel hocico áspero. Era una gigantesca rata negra, de las de peor especie. El repugnante animal saltó al interior de la jaula, en busca de una ilusoria libertad, mientras sus chillidos se hacían más horribles al percibir de lleno la luz, de que durante siete días había estado absolutamente privada.

En el primer instante, la rata se asustó. Debía estar más asustada que su propia víctima. Lanzando terribles chillidos que ensordecían a Clive, resbaló de un lado a otro de la jaula, buscando alejarse lo más posible de aquella cara humana que tenía demasiado próxima.

Pero Clive sabía que aquello duraría poco. En realidad era uno de los atractivos del suplicio para los que lo estaban contemplando.

Cuando el miedo de la rata disminuyese, cuando se acostumbrara a su nueva situación, triunfaría el hambre. Entonces se lanzaría rabiosamente contra las partes más blandas del rostro de su víctima.

Eso sucedió apenas treinta segundos después.

La rata buscó los labios, en una mordedura repugnante. Pero Clive, que lo esperaba, utilizó la única arma que estaba a su alcance. Un fuerte salivazo dio de lleno en la cara del roedor. Este lanzó otro chillido, mientras retrocedía sorprendido.

No había de tardar en rehacerse, sin embargo, y Clive lo sabía bien. ¿Cuánto podría durar aquel suplicio? ¿Cuánto tiempo mantendría a raya a aquella masa negra de la que partían chillidos más espeluznantes cada vez?

Durante unos segundos los ojillos de la rata estuvieron clavados en los ojos del hombre. Luego aquella masa negra empezó a deslizarse de costado.

Clive adivinó lo que sucedía. Las ratas son inteligentes, y aquella, sorprendida por el salivazo, había renunciado a atacar de frente. Se deslizaba pulgada a pulgada hacia la parte posterior de la cabeza de Clive, para saltar desde aquí. Ahora le mordería por detrás las orejas, y él no podría defenderse.

Aquello sería el principio del fin. Cuando él sintiese el terrible dolor de las incesantes mordeduras, ya estaría perdido. Ya no tendría serenidad, y los ataques de la rata se harían más y más implacables. ¡Si al menos tuviera la suerte de perder el conocimiento! ¡Si pudiese hacer

algo para morir!

Giró la cabeza todo lo posible, siguiendo los movimientos de la rata, y lanzándole aire con toda la fuerza de sus pulmones, para obligarla a retroceder. Al principio lo consiguió, porque la rata estaba desorientada aún. Pero en un instante en que necesitó aspirar aire, el repugnante animal saltó ya del todo a la parte posterior de la cabeza. Clive no pudo seguirla.

Ahora estaba a su merced.

Solo le quedaba esperar el ataque. Nada podía hacer para evitarlo. Pero Clive no era hombre que se resignase a morir sin luchar.

Había salido de situaciones terribles solo porque nunca se declaraba vencido. ¡Y ahora luchó!

Sus dedos, convertidos en garfios de acero, se introdujeron por entre los intersticios de los hierros de la jaula, tirando de ellos para desligarlos.

Los hierros resistieron. Eran fuertes y estaban bien trenzados.

Clive Murdock sentía en su nuca el aliento de la rata. Era algo fétido y que le producía como un cosquilleo en la espina dorsal.

Sus dedos duplicaron la terrible fuerza que ya poseían. Sus dientes rechinaron, mientras su cuello parecía a punto de estallar.

Silvia abrió mucho los ojos, asombrada, conteniendo la respiración.

Lo que Clive estaba haciendo le parecía inverosímil, asombroso. Era algo que estaba fuera del alcance de un ser humano.

La misma rata parecía asustada ante aquellos dedos que retorcían y sacudían la jaula. Volvía a chillar espantosamente, sin decidirse a atacar. Clive lanzó un verdadero grito cuando dos de los hierros se rompieron mientras sus propios huesos parecían triturarse también.

Caso de ser de acero la jaula, nunca hubiera conseguido quebrarla, porque el acero es flexible. Pero el hierro viejo (aquella jaula de suplicios debía tener al menos cien años de antigüedad) no resistió la espantosa presión de sus dedos. Cuando Clive retiró las manos ensangrentadas, en el lado derecho de la jaula se había formado un hueco.

En la rata pudo más el instinto de la libertad que el hambre. Saltó por allí, dejándose en las puntas de hierro tiras de su repugnante piel.

Aquel dolor parecía haberla enloquecido del todo. Saltó sobre Silvia desde cuatro metros de distancia, con la furia de un animal salvaje.

Pero Silvia ni siquiera parpadeó.

Tenía una pistola en la mano derecha, y apretó el gatillo una sola vez. Se oyó un chasquido.

La cabeza de la rata saltó hecha pedazos. A pesar de su impasibilidad oriental, las cuatro muchachas chinas lanzaron un

mismo grito de asco y de asombro. Porque se necesita una puntería fabulosa para alcanzar al primer disparo una cabeza pequeña y que viene lanzada a una velocidad increíble, volando materialmente por los aires.

El mismo Murdock se creyó en el deber de felicitarla.

—Buen tiro —jadeó.

—Me entrenaba con un método que vuestros flamantes agentes no han empleado aún —explicó tranquilamente ella—. Alguien enviaba pelotas contra mí, con una raqueta, desde el otro lado de una cancha de tenis, y yo no las devolvía. Yo simplemente las perforaba de un balazo. ¿Sabes tú a qué velocidad viene hacia uno una pelota de tenis, Clive?

Este no contestó.

Lo increíble se había producido, pero no podía perder un segundo. Necesitaba librarse de aquellas cadenas que sujetaban sus pies.

Contorsionando su cuerpo con la elasticidad de un verdadero atleta, logró tocar con las manos los ajustes metálicos que regulaban la presión de aquellas argollas. Unos segundos después, estas se aflojaban y él caía a tierra.

Sin embargo, lo único que había cambiado era su estilo de muerte. Seguía teniendo la jaula ajustada a la cabeza. Y estaba sin armas ante una mujer que conservaba una pistola en la diestra.

Desde el suelo, Clive la miró. No había odio en sus ojos; no había la menor expresión en ellos. Y, curiosamente, tampoco había la menor expresión en los ojos de Silvia.

Ahora los dos se conocían ya demasiado bien. Para matar o morir, ni siquiera necesitaban odiarse.

Ella susurró:

—En el fondo lo celebro, Clive. Así será más rápido.

Fue a apretar el gatillo, pero en ese momento Clive hizo algo que ella no esperaba.

Sencillamente, Clive dio un puntapié al cadáver de la rata y la envió volando contra el cuerpo de Silvia. Esta hizo un gesto instintivo de defensa, encogiéndose.

Logró esquivar el repugnante impacto, pero su disparo salió muy desviado.

Las cuatro muchachas chinas, sin esperar órdenes, se lanzaron sobre Clive todas a la vez. Sin embargo, el joven había hecho algo inesperado otra vez.

Aunque el ser acometido por cuatros chicas estupendas tiene sus ventajas, él sabía demasiado bien lo que podía esperar de todo aquello. Y saltó hacia una de las cadenas, empleándola como un péndulo.

La segunda bala de Silvia le rozó la cabeza mientras él volaba hacia

su cuerpo, atravesando los aires. La muchacha lanzó un grito cuando Clive cayó sobre ella. Rodaron por el suelo los dos.

Las piernas de Silvia quedaron al aire. Se le rompieron las medias y uno de sus zapatos salió proyectado hasta el techo. El choque había sido terriblemente rudo, como el de dos luchadores en un *ring*.

Clive necesitaba desarmarla.

Le retorció la muñeca con la mano izquierda, mientras ella intentaba morderle. Y lo consiguió, pero Clive pudo dominar el dolor. Aquella mordedura era deliciosa si se la comparaba con las de la rata, que él casi había llegado a sentir. En cambio ella no pudo dominar el dolor de su brazo casi roto, y tuvo que soltar la pistola.

Una de las muchachas chinas, en ágil pirueta, se aprestó a recogerla.

Clive soltó a Silvia y dio un empujón a la otra. La china rodó por los suelos, aunque logró desviar la pistola para que no la sujetase Clive.

El local se había llenado de jadeos y de gritos.

Clive tenía ahora una ventaja, y era que su cabeza estaba protegida. Podía chocar con ella contra las paredes y el suelo sin temor, porque la que recibiría el impacto era la jaula. Y así se lanzó a tierra, apoyando la cabeza en el piso de cemento y dando una vuelta completa de campana que le llevó junto a la pistola.

Logró engarfiarla.

La situación había cambiado repentinamente.

Clive sabía que necesitaba matar, que tenía que olvidar por completo el sexo de la persona que estaba delante suyo. Era una auténtica tigresa, un enemigo implacable.

Sucedió entonces algo que no esperaba. Las cuatro muchachas chinas se colocaron delante, cubriendo con sus cuerpos el cuerpo de Silvia.

Clive lanzó una maldición.

No podía disparar contra aquellas muchachas, por mucho que ellas hubieran estado a punto de ser sus verdugos. Además, su sacrificio le conmovía.

—¡Apartaos, imbéciles! —masculló—. ¡Sí queréis morir, os aseguro que conozco un par de métodos mucho más divertidos!

Pero Silvia ya se había deslizado al exterior. La puerta metálica del recinto se había cerrado. Se oyó el crujido de una llave.

La verdad fue que eso no importó demasiado a Clive. No hay cerradura que resista un buen balazo.

Las cuatro muchachas seguían cerrándole el paso. Tenían los músculos tensos, en actitud de luchar.

Y sin embargo... ¡resultaban tan bonitas!

Cuando la primera se lanzó sobre Clive, este se limitó a sujetarla

con el brazo izquierdo y apretarla contra su cuerpo. La segunda recibió el mismo tratamiento.

Quedaron allí quietas, jadeantes, apresadas por los brazos acerados del hombre.

—Siento que esta maldita jaula no me permita besaros —susurró él—. Pero vosotras os lo perdéis.

Venían dos más. Clive soltó a las primeras y sujetó a las segundas materialmente en el aire, apretándolas también contra su cuerpo. Simplemente cambió de parejas.

—Tiene que haber para todas... —susurró.

Luego las soltó y se dirigió tranquilamente hacia la puerta, sosteniendo la pistola en la mano derecha.

Las cuatro chinas estaban literalmente asombradas. No sabían qué hacer, y además su sentido de la disciplina les impedía moverse sin recibir órdenes de su jefe, que acababa de desaparecer.

Clive sonrió desde la puerta.

—No perdáis las esperanzas, muchachas. Volveremos a vernos.

Envío una bala contra la cerradura y la hizo saltar. La puerta se abrió casi automáticamente.

Pero algo había detrás de aquello, algo que Clive no esperaba. Otra puerta que había descendido desde el techo y esta acorazada. Además, no tenía cerradura. Simplemente subía y bajaba mediante un resorte que debía estar situado al otro lado.

Seguía prisionero. Le habían dejado encerrado en compañía de cuatro mujeres.

En otras circunstancias Clive hubiera pensado que la cosa no estaba mal del todo, pero ahora le preocupaba algo mucho más urgente: tenía que salir de allí. Sabía que Silvia era la enemiga más temible que jamás soñó. Ella poseía todos los conocimientos atesorados con paciencia, durante muchos meses, por los espías rusos. Conocía parte de la red de espionaje norteamericana en Oriente. Todo aquello estaría en Pekín muy poco tiempo después, si él no conseguía atraparla.

Buscó una salida. Sabía que detrás suyo solo había un local sin ventanas. Delante aquella puerta acorazada... Pero arriba, sobre su cabeza, encontró una posible solución.

Había un respiradero en forma de tubo, y que sin duda conducía el aire a presión a todo aquel recinto sin ventanas.

Clive dio un salto, arrancó la tapa y luego saltó de nuevo, sujetándose a los bordes del agujero. Para flexionar los codos, trepar e introducir la cabeza en aquella especie de tubo vertical, hubo de hacer un esfuerzo titánico. «Si en este momento salen las chinas me liquidan», pensó mientras tanto. Les bastaría colgarse de sus piernas

para que él no pudiera trepar.

Y, en efecto, salieron, pero fue cuando él ya tenía el cuerpo introducido en el tubo. Aunque saltaron para sujetarle los pies, ya no pudieron alcanzarle.

El tubo ascendía verticalmente y era estrechísimo, lo cual significaba una ventaja para Clive, porque este podía ascender valiéndose de las rodillas y los codos. Una fuerte corriente de aire pasaba por él y eso le vivificaba, porque de lo contrario el calor hubiera resultado asfixiante. Oyó los gritos de las muchachas, abajo, mientras él seguía ascendiendo poco a poco.

De pronto, el tubo se dobló casi en ángulo recto. Clive hubo de hacer una verdadera contorsión para pasar por aquella especie de codo. La corriente de aire se hizo entonces más intensa, y al final del conducto vio luz.

Un gigantesco ventilador aspiraba aire del exterior y lo impulsaba por el tubo. Cuando lo vio solamente a media yarda de su cabeza, Clive disparó contra el motor de aquel aparato. El zumbido cesó instantáneamente, y la corriente de aire se fue extinguiendo.

Ahora Clive tenía que arrancar el ventilador de sus goznes, a fin de que le quedara espacio suficiente para sacar su cuerpo al exterior. Envío un nuevo balazo contra uno de los tornillos que sujetaban el aparato a la superficie del tubo, y logró desencajarlo. Luego tiró con todas sus fuerzas, hasta arrancarlo de su soporte. Se oyó un chasquido. Clive pudo retorcer el aparato, haciendo un nuevo y terrible esfuerzo y lo sacó al exterior. Caso de mantenerlo dentro del tubo, el espacio ocupado por el ventilador hubiera impedido el paso de su propio cuerpo.

Vio entonces de nuevo la luz del día, o más bien la claridad difusa de la noche. Estaba libre.

Bueno, eso era lo que creía Clive Murdock.

CAPÍTULO X

Silvia, después de su huida, y tras hacer descender la puerta acorazada para que nadie pudiera perseguirla, había recorrido un largo pasillo hasta desembocar en una puerta final, que abrió precipitadamente.

Una especie de extraño museo de los horrores empezaba tras aquella hoja de madera.

El hombre que trabajaba allí hacía dos cosas al mismo tiempo. Por un lado embalsamaba cadáveres, si los familiares de estos lo pedían en la funeraria. Por otro, fabricaba caretas chinas.

No se sabía cuál de las dos cosas era más siniestra.

Muchas de las caretas chinas empleadas para las festividades y para algunas conmemoraciones, tienen un aspecto difícil de olvidar. Son como rostros humanos, pero deformados por expresiones que van desde el horror hasta el odio, y en todas ellas se mezclan los colores, las tonalidades opacas, los reflejos increíbles que dan a cada una de las máscaras un aspecto alucinante, como de pesadilla. El hombre que estaba allí dentro era, además, un verdadero maestro.

Empleaba para algunas de aquellas máscaras piel humana arrancada a los cadáveres, y obtenía efectos tan espectrales que la colección de ellas colgando de las paredes hubiera hecho lanzar gritos al más templado de los hombres.

Silvia se detuvo en la puerta. Su hermoso busto subía y bajaba desacompasadamente.

El olor que imperaba allí dentro le daba náuseas, pero en cambio no parecía importar lo más mínimo al individuo que estaba trabajando en el local.

—Hola, Grun —jadeó ella, haciendo un esfuerzo.

El llamado Grun alzó la cabeza. Era un individuo gigantesco y que debía pesar ciento veinte kilos, todos ellos de hueso y músculo. Su cuerpo era una verdadera torre humana. Llevaba la cabeza completamente rapada, y sus ojos oblicuos no tenían expresión alguna. Aquel individuo hubiera sido contratado sin vacilar por un director de cine para hacer una película de horror, pero Grun no tendría nunca esa oportunidad porque jamás salía a la calle. Además no era la ficción de una película; era un hombre espantosamente real.

Apartó ligeramente el único cadáver que tenía allí para embalsamar y apoyó una mano en la mesa de mármol.

—Estás muy bonita, Silvia —susurró, mientras sus ojos adquirían una expresión viscosa.

—No he venido aquí a hablar de eso, Grun.

—¿Qué sucede?

—Ese hombre no ha muerto.

Un asombro sin límites se marcó en las facciones del gigantesco chino. Quizá un occidental no lo hubiera notado tanto, pero Silvia se dio cuenta de que Grun estaba completamente aturdido. Luego él intentó sonreír.

—Bromeas —masculló.

—Ha podido huir.

—¿Llegasteis a introducir la rata?

—Sí.

—¡Pues entonces lo que tú dices es imposible! ¡Nadie puede escapar cuando ese suplicio ha empezado!

—Pues él lo consiguió. Con los dedos pudo romper los barrotes de la jaula. Es un hombre mucho más fuerte y más temible de lo que pensábamos.

—¿Y la rata?

—Tuve que matarla para que no me atacase a mí.

Los ojillos de Grun brillaron burlonamente mientras contemplaba a la mujer.

—Veo que te falta un zapato. Y que has perdido la pistola.

—Ha habido lucha. No creas que he huido ya en el primer momento.

—¿Y ese hombre?

—He cerrado la doble puerta, pero me temo que haya podido huir por el sistema de ventilación. Ese es un fallo que tiene tu cochino edificio.

—¿Lleva la jaula apretada al cuello?

—Sí, desde luego.

—Putañees le será más difícil moverse, y además solo puedo salir por un sitio.

Pulsó un timbre y luego oprimió el botón de un dictáfono. Una voz ronca se escuchó por el micro.

—Yen y Sun —dijo sencillamente el hombre.

—Están aquí —contestó la voz.

—Un hombre que lleva una jaula redonda en torno a la cabeza intentará huir por el terminal del sistema de ventilación. Hay que tirar a matar enseguida, sin darle una oportunidad.

Luego cortó la comunicación.

—No tenemos ya demasiada gente —murmuró—. Esos hombres

fueron empleados para matar a Morgan y luego en el teatro. Quedan las mujeres. ¿Imaginas lo que sucederá si ellos fallan... o si mueren?

—No morirán.

Grun avanzó pesadamente a lo largo de la habitación, acercándose a la muchacha como un gigantesco sapo. En sus ojillos seguía palpitando un brillo viscoso.

—No eres tan lista como tú pregonabas, Silvia —murmuró—. Ni vales tanto como decías.

—Tú no eres quién para juzgarme.

—¿Eso piensas? —preguntó burlonamente él—. Quizá ya no recuerdes que yo tenía una magnífica organización, dedicada al tráfico de drogas, y que eso me producía muy buenos beneficios. Entonces llegaste tú y me prometiste doblarlos si me ponía a tus órdenes durante unos breves días. Muy bien, lo hice. ¿Cuál ha sido el resultado? Mi organización está a punto de ser deshecha... por un solo hombre.

—Ese hombre morirá.

—Puede que no sea tan fácil... Tú querías matarlo de forma que su rostro no pudiera ser reconocido, y ya ves... Me has colocado al borde del fracaso.

—Tan estúpido es hablar de derrota como cantar victoria. La partida no ha terminado aún.

—Tendría muchos motivos para estar quejoso —dijo Grun con voz silbante—. Y sin embargo, no me sabe mal haberte reconocido.

Silvia alzó la cabeza y le miró al fondo de los ojos. Hubiera preferido mil veces que él la llamara estúpida, que la insultase de la forma más soez. Aquella mirada cálida y viscosa que le llegaba desde los ojos del gigante, la hería mucho más. Sintió que todos sus músculos vibraban, que toda ella se ponía en guardia.

—No me sabe mal —susurró Grun—, porque eres la mujer más bonita que he conocido. Y porque tú y yo podemos ser muy felices a pesar de todo...

Sus manos gigantesas avanzaron hacia ella. No solo eran unas manos viscosas y húmedas, sino que además olían a cadáver. Silvia hizo un gesto de repugnancia.

—¡Déjame!

—Estás en mi terreno —jadeó él—. Yo soy quien manda aquí.

—¡Te pusiste a mis órdenes!

—Pero tú has fracasado. Ahora soy yo quien decide lo que hay que hacer.

La estrujó en sus brazos. Sus manos la acariciaron ávidamente. Parecían gigantesos reptiles que paseaban por su cuerpo y que no lograba arrancar de su piel, como si estuvieran provistos de ventosas. Al

mismo tiempo los labios de Grun fueron hacia sus labios.

Ella se revolvió. Todo su joven cuerpo se tensó como un arco cuando va a dispararse la flecha.

—¡Déjame...!

—Te dejaré cuando me plazca. Las mujeres siempre habéis sido esclavas en mi país. Y tú eres demasiado bonita para dar órdenes.

Silvia intentó luchar. Tenía una extraordinaria fuerza y un magnífico entrenamiento, pero no podía competir con aquel gigante. La boca de este se cerró ávidamente sobre su boca.

Silvia se dejó besar al fin. Sus labios pulposos y rojos se entreabrieron. Durante unos segundos pareció vencida.

Grun lanzó un ronquido de placer. Se dispuso a estrecharla con más ansia, acorralándola contra la pared.

De repente se sintió volar por los aires, no supo cómo. Solo al chocar de cabeza contra una de las mesas de mármol comprendió que ella le había hecho una terrible presa de judo. El cadáver que estaba en aquella mesa resbaló sobre él. Lanzó gruñidos de rabia mientras intentaba sacudírselo de encima.

Silvia abrió la puerta. Sus facciones reflejaban el más absoluto desprecio.

—Sé que nos volveremos a ver, Grun —masculló—. Por desgracia aún necesito de ti. Pero procura estarte quieto la próxima vez que me tengas frente a ti. Porque si tus manos de sapo buscan mi cuerpo... ¡encontrarán la muerte!

Lanzó con todas sus fuerzas una botella de alcohólico fórmico, el líquido transparente que se emplea para conservar los cadáveres. La botella pareció estallar sobre la cabeza de Grun, quien lanzó un gemido. El olor terriblemente picante del líquido, que además resbalaba por encima de sus ojos, le dejó ciego en el primer instante. Sus pupilas se pusieron a lloriquear a causa de los efectos irritantes del formol. Empezó a gatear mientras Silvia se alejaba a toda prisa.

Pensó que en este momento Clive estaría saliendo ya por la terminal del respiradero. Pero que dos hombres se encargarían de darle la bienvenida.

★ ★ ★

Eso era exactamente lo que estaba sucediendo.

Apenas Clive asomó su extraña cabeza, rodeada por la jaula, a través del tubo respiradero, una bala arrancó chispas a las varillas superiores de hierro. Sin embargo, no escuchó el menor sonido. Sin duda tiraban con silenciador y a poca distancia, porque de otro modo hubiera

captado al menos ese sonido infinitesimal que es el silbido de la bala.

Otro proyectil silbó casi junto al primero. Clive se dio cuenta de que eran dos enemigos los que tiraban.

Apretó los labios, mientras se introducía nuevamente, con una rapidez meteórica, dentro del tubo.

Captó entonces un sonido susurrante abajo. Una de las muchachas chinas debía ascender por el mismo sitio por dónde había ascendido él. Todas eran verdaderas atletas, y la que realizaba aquel trabajo llegaría hasta su posición en unos pocos minutos.

Quizá llevaba, además, algún arma, por ejemplo un cuchillo, que podía resultar terrible para los pies descalzos de Clive.

Este empezó a pensar que, al fin y al cabo, no se estaba tan mal en compañía de la rata.

Ya no sabía qué era peor.

Si se quedaba en el tubo, recibiría alguna cuchillada en los pies sin posibilidad de defenderse, porque no podía contorsionar su cuerpo ni moverlo para repeler el ataque en un espacio tan angosto. Y si salía al exterior lo coserían a balazos.

Clive arqueó una ceja. Todo consistía en saber qué clase de muerte era más bonita. O desangrarse uno poco a poco o que le vuelen la cabeza.

Extrajo el cargador y lo examinó. Quedaban tres balas en él.

Unos segundos de reflexión le bastaron para comprender que solamente tenía una posibilidad y decidió emplearla. Contuvo la respiración, tensó los músculos del cuello, para que este ocupara el menor espacio posible, y apoyó el cañón en la tuerca que abría y cerraba más o menos la argolla de la jaula mediante la cual esta se ajustaba a su cuello. Casi sintió el escalofrío de la muerte al apretar el gatillo. Un solo error al calcular la trayectoria de la bala, o un falso rebote de esta, y el plomo atravesaría su cuello.

El proyectil se llevó por delante la tuerca y le produjo una quemadura en el cuello. Terminó empotrándose en uno de los extremos de la tubería.

Clive tiró a continuación de los extremos de la argolla rota, y esta fue cediendo. Con grandes esfuerzos y arañándose la cara, pudo sacar la cabeza de la jaula que la tenía aprisionada.

Pero aquella era solamente la primera parte de su plan. Lo que seguía a continuación era más arriesgado todavía.

Oía casi la respiración jadeante de la muchacha china al avanzar por debajo de sus pies. Ella debía haberse apresurado al oír los disparos.

Clive sacó con una mano la jaula, manteniendo oculto el resto de su cuerpo. Sus dos enemigos, que creyeron que la cabeza seguía dentro del

artefacto, dispararon a la vez.

La oscuridad no les permitía ver gran cosa, pero ahora estaban seguros de haber acertado. Oyeron un gemido de dolor que llegaba desde el lugar donde estaba el federal.

Los dos avanzaron por el tejado con las armas a punto. Sus cuerpos encorvados apenas se insinuaban entre las sombras.

La jaula rebrillaba un poco, grotescamente caída a un lado, en la posición aproximada en que quedaría la cabeza de un hombre después de ser atravesada por dos balazos.

Se dieron cuenta del error cuando estaban a unos doce pasos del tubo. Entonces uno de ellos lanzó Un grito, intentando lanzarse a tierra.

Ya no tuvo tiempo. La cabeza de Clive, ya completamente libre, acababa de brotar de entre las sombras. La pistola arrebatada a Silvia vomitó los dos últimos plomos que quedaban en su vientre metálico.

Los dos asesinos recibieron las balas casi en el mismo sitio, en la parte izquierda del pecho. Su trágica pirueta también fue similar. Cayeron a la vez, lanzando un extraño gruñido, mientras las pistolas resbalaban de entre sus dedos.

Clive salió del todo. Ahora ya no había peligro.

Corrió hacia uno de los dos hombres, el más alto, y le quitó los zapatos. Supuso que la medida de estos sería la justa para él. Clive había oído hablar muchas veces de muertos despojados en la guerra, pero jamás había llegado a pensar que él mismo tendría que hacer aquello en pleno centro de Nueva York. Se calzó los zapatos, ya que no podía seguir descalzo, y notó que se ajustaban más o menos bien. Luego se tendió junto a la salida del tubo de ventilación.

Notaba un rumor leve, el rumor del cuerpo de una de las muchachas chinas al seguir avanzando.

De pronto un cuchillo asomó por el hueco. Clive sujetó la mano armada, tiró de ella y apareció un brazo bien torneado y a continuación un hombro desnudo y el rostro asustado de una de las cuatro muchachas chinas.

Clive susurró:

—Tú has ganado, nena. Premio.

Ella le miraba asombrada. Incluso sus ojos habían cambiado de forma, y ahora no parecían tan oblicuos. Barbotó:

—¿Qué quieres decir?

—Lo que tú ya puedes imaginar, nena. La que gana la carrera y llega primero, se lo lleva todo.

Y sin soltarla, le dio en los labios un beso que hizo estremecer todo el cuerpo de la muchacha. Se oyó incluso el ruido que producían sus

piernas al temblar dentro del tubo metálico.

Luego Clive la soltó.

—No se lo cuentes a las otras, nena. Aunque uno procure mantenerse en forma, la verdad es que no da para tanto.

Notó que el cuerpo de la china resbalaba hacia bajo. ¿Se había desmayado?

Clive nunca lo supo.

CAPÍTULO XI

El federal necesitaba ahora actuar con rapidez. La banda estaba localizada y casi deshecha. Hacía falta que ninguno de sus miembros consiguiese alzar el vuelo.

Pero él no podía detenerlos a todos con sus solas fuerzas. Había llegado el momento de dar parte y reclamar ayuda.

Corrió por los tejados, encontró un tubo de desagüe que daba al fondo de un callejón oscuro, y descendió por él.

Casi se dio de narices con una pareja que se estaba besando abajo, al pie del tubo.

—¿Qué ocurre? —gruñó el tipo que tenía a una chica ceñida entre sus brazos—. ¿Quién es usted?

—Soy el padre de esta nena. Me la voy a llevar a casa.

Era una frase como otra cualquiera para dejar al besucón pasmado y largarse a toda prisa de allí, pero se quedó de piedra cuando la chica le miró bien y susurró:

—Sí, papi, me voy contigo. ¿Y me darás un besito si soy buena?

Clive salió disparado como si le hubieran atado a un cohete de Cabo Kennedy, mientras lanzaba maldiciones en voz baja. Siempre le salían al paso mujeres bonitas cuando no podía aprovecharlas. Vio entonces la luz de una cabina pública y se dirigió hacia allí. Pero un cartelito en la puerta indicaba que el teléfono estaba estropeado.

Era lo que le faltaba. Buscó con los ojos un local desde el que pudiera telefonar urgentemente.

Lo encontró a pocos pasos. Era el único que estaba iluminado en toda la zona.

Clive se dirigió hacia allí mientras una sombra furtiva en quien hubiera reconocido a la mujer china más bonita de Estados Unidos, retiraba a sus espaldas el cartelito que acababa de colocar.

Clive entró en la tienda. Detrás del mostrador estaba un chino gigantesco, de facciones brutales y con la cabeza completamente afeitada. Sin embargo, aquel chino de aspecto inquietante sonrió servilmente al verlo entrar, inclinándose varias veces.

—Perdón... pero ¿qué venden aquí? —susurró Clive.

—Ya lo ve, señor. Máscaras chinas.

Clive Murdock, sin saber explicárselo, sintió un escalofrío en la espalda.

—Algunas... algunas son extrañísimas. Parecen rostros humanos.

—Es que tienen piel auténtica de hombres muertos, señor. Son piezas muy valiosas.

Clive buscó en sus bolsillos un cigarrillo, para eliminar el extraño e intenso olor que parecía flotar en aquel ambiente.

—El caso es que... no quiero comprar ninguna máscara. Solo deseaba pedirle un favor. He de telefonar con mucha urgencia.

—Casi junto a la puerta tiene una cabina pública, señor.

—Sí, pero hay un aviso de la compañía diciendo que está estropeado.

—Es extraño... Siempre funciona bien... Pero puede usar mi teléfono, señor. No faltaba más.

Le indicó un aparato que estaba al extremo del mostrador. Luego desapareció, discreta y educadamente, para no oír la conversación.

Clive discó el número de su jefe de grupo en Nueva York. Era un número privado adonde se le podía llamar fuera de las horas de oficina, como, por ejemplo, en este caso. No llegó a oír completo ni el primer timbrado cuando una voz espesa preguntó:

—¿Qué hay?

—Soy Clive Murdock.

—¿Y qué ocurre?

—¿Cómo que qué ocurre? Estoy metido hasta las orejas en un asunto del que depende la seguridad de muchos hombres valiosos. Necesito ayuda.

—A ver explíquese.

—No tengo tiempo ahora para explicaciones —dijo Clive, hablando rápidamente—. Cualquier minuto perdido puede echarlo todo a rodar. Y oiga... ¿sabe que tiene una voz muy extraña?

—Estoy algo resfriado. Siga.

—Necesito cinco hombres. Estoy en Greenwich Village, al lado mismo de una funeraria donde han estado a punto de hacer un «servicio completo». Ahora me encuentro en una tienda de máscaras chinas. Si esos hombres llegan con rapidez, aún culminaremos la redada. ¿Puede tomar nota de la dirección?

—Yo tengo una idea mejor, Murdock.

—¿Cuál?

—Venga usted a una dirección que yo le daré. No me fío.

La voz del federal se hizo agresiva.

—¿No se fía? ¿Y cree que ahora puedo perder el tiempo en discusiones? ¡Tome nota de la dirección y venga enseguida con los cinco mejores tiradores que tenga! Aunque... un momento...

Había parecido vacilar. La voz murmuró:

—¿Qué le sucede?

—Tengo una dificultad. No recuerdo el número de la funeraria. Sé la calle, pero me falta ese dato. Espere un instante... Lo miro enseguida y vuelvo al teléfono.

—No tarde.

Clive depositó el auricular sobre el mostrador. Luego chupó el cigarrillo que había sostenido mientras tanto con la mano izquierda y avivó la brasita de su extremidad. Lo depositó cuidadosamente en un sitio que había estudiado bien mientras hablaba.

Luego se puso en movimiento, pero no salió a la calle, sino todo lo contrario. Lo que hizo fue dirigirse a la trastienda, es decir pasó más al interior.

Grun, que había estado hablando por otro teléfono conectado al primero, y ahora aguardaba el «regreso» de Clive, quedó materialmente petrificado cuando este apareció ante sus ojos, encañonándole con una pistola con silenciador, arrebatada a uno de los muertos.

Clive sonrió débilmente.

—A veces pienso con rapidez... —dijo—. Y la unión de estos tres elementos me ha llamado la atención demasiado: una tienda contigua a la funeraria, un chino tras el mostrador y una voz desconocida al teléfono. Muchas coincidencias, ¿no? Muy bien, amigo, la «conferencia» ha terminado. Y si lo que quería era hacerme ir a un lugar donde pensarán apiolarme, se ha despertado demasiado tarde. Cuelgue y así tendrá que pagar menos cuando le vayan a cobrar el teléfono... a una celda de Sing-Sing.

Grun estaba materialmente boquiabierto.

Creía haber preparado una trampa ingeniosa y resultaba que el cazado era él. Pero Clive no se dio cuenta —y eso le resultó fatal— de que aquel asombro era demasiado prolongado, demasiado intenso.

No se dio cuenta de que Grun quería que toda la atención del federal se concentrara en él.

—¿Dónde está Silvia? —musitó.

—Aquí —dijo una voz a su espalda.

Y Clive sintió el cañón de una pistola acariciando su espalda, hurgando en su columna vertebral como si buscara el sitio mejor para depositar la bala.

CAPÍTULO XII

Silvia tendió una mano suavemente, sin dejar de apuntarle con la otra, y retiró la pistola de Clive. Con un leve impulso la envió a manos de Grun. Este la asió febrilmente.

—¡Apártate, Silvia! ¡Voy a tirar!

—No lo hagas aún —susurró ella con voz opaca—. Ahora lo tenemos bien cazado, pero quiero despedirme de él. En el fondo, lamento que no estemos en el mismo bando. Adiós, Clive, hasta la eternidad. Quizá haya de verdad un sitio donde tú y yo podamos reunirnos.

Y le pasó un brazo por delante del cuerpo, apretándolo contra sí. Sus labios pulposos buscaron el cuello del joven. Lo besaron lentamente, sabiamente, en una muda caricia que hacía estremecer.

Clive sintió asombro, pero no fue solo por aquella despedida. Fue porque se dio cuenta de que la mujer era sincera. De que aquel adiós estaba en su alma, en lo más profundo de su sangre. De que algo en el corazón de la mujer estaba a punto de romperse, a pesar de que se esforzaba por mantenerlo duro como una piedra.

Grun aulló:

—¡Apártate de una maldita vez! ¡Voy a tirar! *¡Quiero acabar con él!*

Fue en estos momentos cuando sus labios tuvieron una sacudida de asombro, pero ahora de verdad. La calle entera se estaba llenando del estruendo de las sirenas. Un verdadero tumulto de voces y pisadas parecía aproximarse a la casa.

—No puede ser... —balbució Grun—. No ha tenido tiempo de avisar...

Clive sonrió suavemente. Era terrible perderlo todo, morir como un perro cuando estaba a un paso de la salvación, pero no había un temblor en sus músculos, ni un movimiento en sus párpados.

—Si abriéramos esa puerta que da a la tienda —explicó—, el humo entraría en tromba. A veces un cigarrillo sirve de mucho, y yo he dejado el mío encima de una pila de papeles de seda. Toda la tienda se está quemando, y lo peor es que las llamas se ven enseguida desde la calle. Están llegando bomberos, pero también policías. A veces soy algo impetuoso, pero no me tengo por tonto, amigo mío...

Grun lanzó un grito de rabia. Fue a apretar el gatillo.

Y en ese momento Clive sintió algo que no comprendía. Sintió que una mano le desplazaba con fuerza, y que una figura suave y felina

saltaba materialmente delante suyo. Dos detonaciones roncadas, una muy estruendosa y la otra como un brutal taponazo que se alargaba en el aire, resonaron en la habitación. Grun cayó hacia delante, con un tercer ojo redondo en mitad de sus otros dos ojos oblicuos. Un asombro brutal, espantoso, quedó grabado para siempre en sus facciones en el momento de morir. Clive lanzó un verdadero grito de fiera herida al recoger en sus brazos a Silvia, que le había salvado la vida en el último momento y cuyo cuerpo también había sido sacudido por la bala disparada a quemarropa. Sus manos ansiosas hicieron girar el cuerpo de la muchacha, sus ojos trémulos buscaron la herida.

Desgraciadamente, se dio cuenta enseguida de que nada podía hacer. La bala había penetrado junto al corazón. La muerte era cuestión de segundos.

—No... no me queda mucho tiempo —balbució Silvia—. Procura... procura que no me entierren con mis joyas. Valen dinero y... será más útil para el hijo de Vorolenko... o para la esposa paralítica del otro... Quisiera... quisiera que me recordases siempre así, como aún soy ahora. Que me recordases como una mujer que solo ha sabido serlo... en el momento de morir.

Tuvo un leve espasmo. Su cabeza cayó a un lado, entre las manos de Clive. Por sus hermosos labios resbalaba un hilillo de sangre.

Clive la depositó suavemente en una de las butacas de la habitación. La depositó sentada, como si aún estuviese viva. Se sentó en el respaldo junto a ella, y acarició su mano. Así le encontraron los policías que irrumpieron de pronto en la habitación. Así lo vieron y así quedó para siempre aquella extraña imagen grabada en sus retinas. La verdad fue que ninguno de ellos supo comprenderlo, pero Clive Murdock sí que lo comprendía.

★ ★ ★

El jefe del grupo le ofreció un cigarrillo. Su rostro exultaba de satisfacción.

—Lo ha conseguido, Clive —susurró—. El asunto está terminado oficialmente desde hace cinco días, desde que murieron Silvia y aquel tipo llamado Grun. Ahora solo le queda un último trabajo.

Señaló a las cuatro mujeres, que ocupaban enteramente un diván del despacho. Las cuatro, atléticas y bellas, vestidas igual, con las hermosas piernas cruzadas del mismo modo.

—Ellas son las únicas detenciones que hemos hecho —susurró—. Usted las acompañará a Washington, puesto que debe informar del asunto a los superiores. Saldrá esta misma mañana.

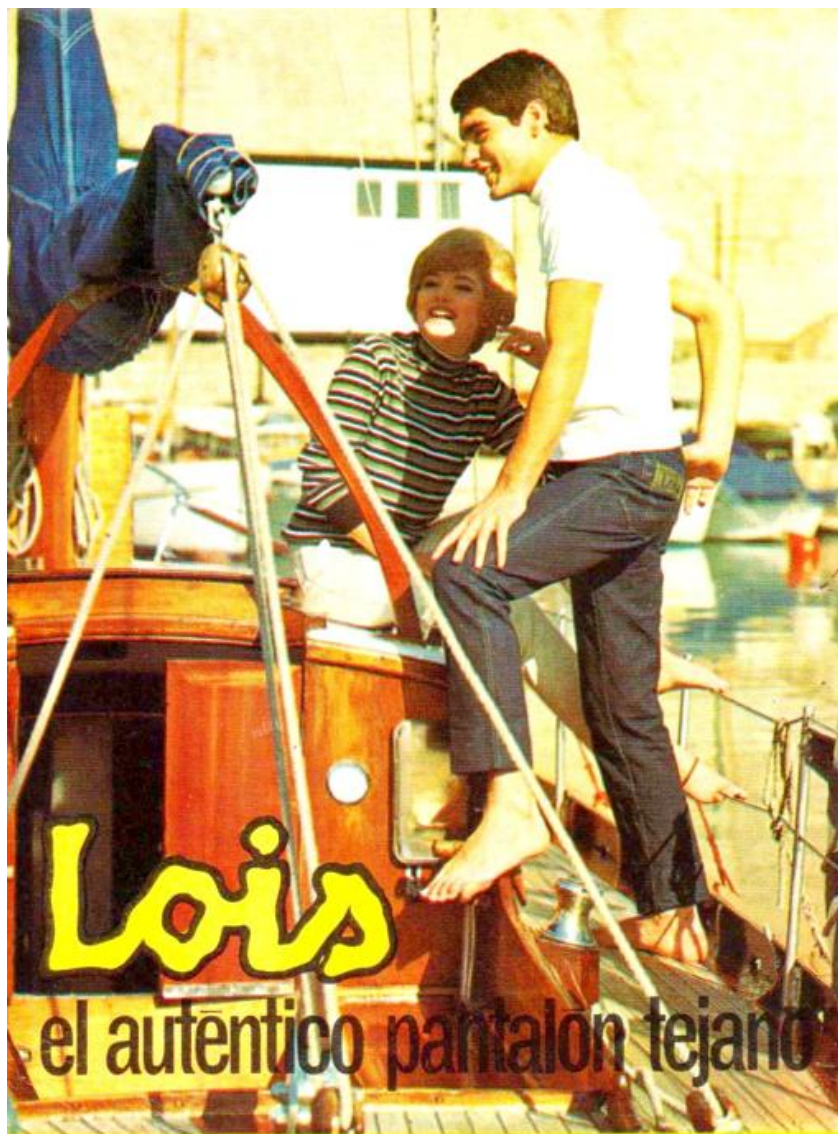
—¿Yo? —susurró Clive—. ¿Acompañarlas a Washington? ¿Sabe lo que eso supone? Que no va a llegar ninguna...

—¿Por qué? —preguntó el jefe.

—Amigo mío, si no lo supone es que está usted mareado con tanta curva.

Las cuatro chinas sonrieron a la vez.

—No seas optimista —dijeron casi a coro—. El que no llegará serás tú. Y si no lo entiendes, es que estás más mareado que el jefe...



Lois

el autentico pantalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

Notas

[←1]

Llamada así porque es la que recorren en coche, bajo lluvias de “confeti”, los personajes más famosos.